

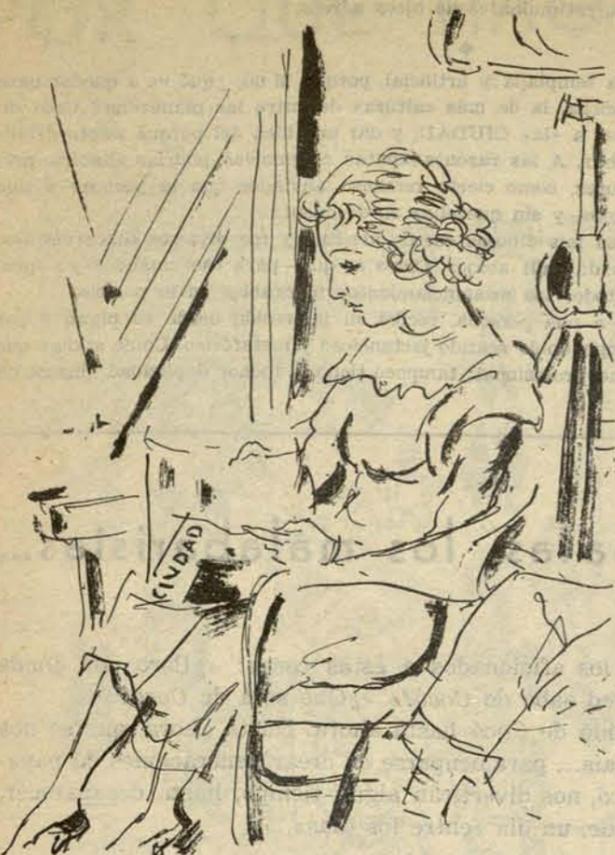
COMO SE HACE UNA PELICULA EN ESPAÑA

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

APUNTES DEL NATURAL POR ARTECHE

hasta a los pronósticos más vertiginosos de sus fabricantes, relegó a un segundo término aquel factor esencial, que ya no volvió a contar casi nunca con el carácter ilustre que le correspondía en el ánimo de las empresas productoras. Una novela insigne o populachera, una comedia de análogos calificativos o un zarzuelón pegadizo hacían el milagro de dar dinero transformados en una cosa que llamaban cinema.

Dirigir un film, controlarle; extraer médula cinematográfica de cualquier argumento, por cerrado que sea a las posibilidades del cinema; analizar hasta un extremo insospechado los movimientos de los intérpretes; contar sus pasos; medir las sílabas que deben pronunciar, escatimándolas con verdadera avaricia; repetir las escenas sin limitaciones de tiempo ni de cansancio hasta dar con la visión exacta del momento fotográfico y acústico; irle dando, en fin, a la película, minuciosamente y metro a metro, todas sus dimensiones estéticas hasta conseguir su armonía definitiva, es algo que no parece muy de acuerdo con la manera de



Puede parecer el título de esta crónica un poco pueril y otro poco ambicioso. Su puerilidad nace de que, lógicamente, se hará una película en España como en cualquiera otra parte, poniéndonos en un optimista lugar comparativo con relación al nivel cinematográfico del resto del mundo. Y el carácter ambicioso de nuestro propósito estribaría en la pretensión de atribuir a este reportaje un alcance técnico y una profundidad profesional que estamos muy lejos de poseer y cuyo conocimiento tampoco nos inquieta por ahora. Se trata, pues, simplemente, de decir algo a propósito de nuestro cinema, y algo también, todo lo mejor que podamos, alrededor de algún film nacional actualmente en rodaje: por ejemplo, "Rumbo al Cairo".

La historia del cine en España, con ser tan considerable en años de experiencia, es bien corta en resultados positivos. No vamos a engañarnos ahora sobre los frutos estéticamente puros de nuestra producción. Nada hay que decir sobre ello. O casi nada. Callarse y buscarle salida, hallarle un escape recto y decoroso, un cauce limpio y hondo, al contenido cinematográfico de nuestro espíritu meridional y soleado que aún no encontró el hueco propicio por donde romper.

En alguna ocasión hemos opinado que el problema fundamental de nuestro cinema no era precisamente una cuestión económica, sino de técnica. Y de este matiz esencial para la vida de un arte nuevo no se han ocupado con la atención imprescindible que merecía los productores españoles. El feliz resultado pecuniario de casi todos los films nacionales, algunos de los cuales se han traducido en una euforia monetaria verdaderamente desproporcionada a sus merecimientos y

EL RUSO KRAF, EN SU TRABAJO

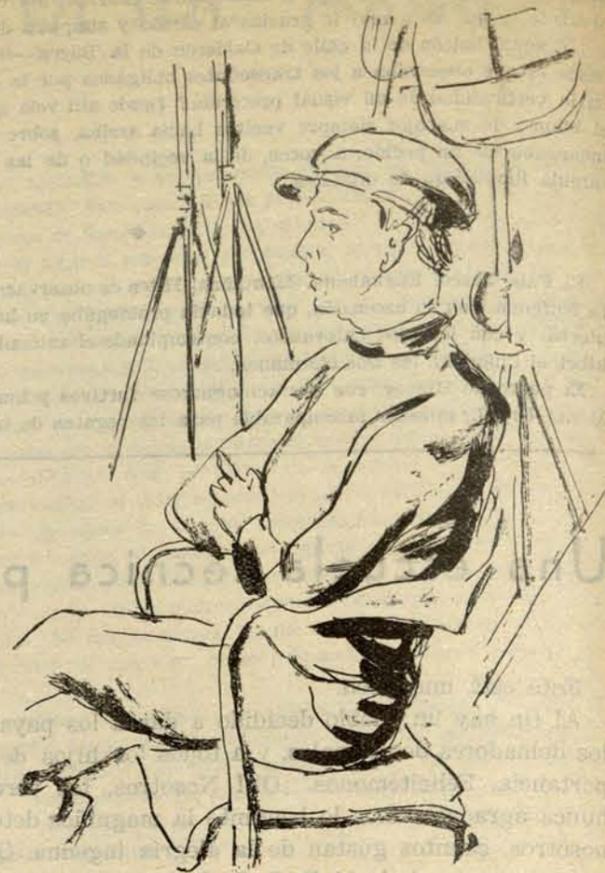


El director y la estrella: Benito Perojo y María del Carmen Merino. (Foto Cifesa.)

hacer española. Y colabora con este desacuerdo, acaso ingenuamente, pero con una fuerza que no se ha podido contener aún, el sistema de trabajo de nuestros actores, casi todos procedentes de los escenarios teatrales y con vicios de origen y puntillos de sabiduría escénica, en pugna victoriosa casi siempre con las menzugas energías del director.

Esperemos mejores tiempos para nuestro cinema y vamos a ver cómo se hace una película en España. Benito Perojo, realizador de "Rumbo al Cairo", nos aguarda.

En los Estudios de la CEA, en la Ciudad Lineal, se está rodando una película española. Estas galerías cinematográficas, fundadas no hace mucho en la periferia madrileña, tienen ya un sólido prestigio alrededor de sus inmejorables instalaciones materiales. Y las desnudas paredes de su gran nave de trabajo están constantemente—nos dicen también que para mucho tiempo—prestando su abrigo y su complicado mecanismo técnico para el logro de casi toda la producción nacional. Si lo que de allí sale no es precisamente muy bueno en la mayoría de los casos, no tienen la culpa los Estudios por defecto de sus instalaciones. Verdad es que al contemplar cualquier film español, con el clásico desencanto consiguiente, ya no cabe ni aquel fácil recurso de hacer recaer el peso de un fracaso en los defectos materiales de una máquina o en la pobreza



de un escenario. Casi todas las películas hispanas resultan admirables de arquitectura, de fotografía y de sonido. No hay peros por este lado. Por eso son mucho más dolorosas y evidentes las repetidas incapacidades de otro tipo.

En fin; henos aquí en el silencio del Estudio—problemático silencio muchas veces—dispuestos a revolver en esta complicada maraña cinematográfica en honor del curioso ciudadano que nos lea.

Benito Perojo, joven y ya ilustre oficiante en estas sutiles ceremonias de la cinematografía, acude cortésmente en auxilio de los reporteros, un poco estupefactos sobre una tarima, ante aquella baraúnda que se nos presentaba por delante. Con su fácil guía caminamos confiados entre un bosque de vigorosos aparatos lumínicos y tropezando en el suelo con una abrumadora cantidad de cordones que, sin saber por qué, y en aquel momento, nos sugirieron cierta semejanza entre aquel piso y la temblorosa cubierta de un buen velero.

—Háganme el favor de sentarse... como puedan—dice, sonriente, ante la imposibilidad de hallar dos sillas de la misma especie—. Y perdónenme un momento hasta que rodemos esta escena. Vean ustedes lo que gusten de por aquí, sin el menor reparo.

Eso es lo que queremos. Arteché, que es, naturalmente, el elemento más valioso de esta visita, mira hacia todos lados buscando materiales gráficos para su ilustre carboncillo. Requiere, al fin, el cuaderno, desenvaina una porción de lápices, y ya no volveremos a saber nada de él. Le veremos, sí, de cuando en cuando y en

CARLOS DIAZ DE MENDOZA

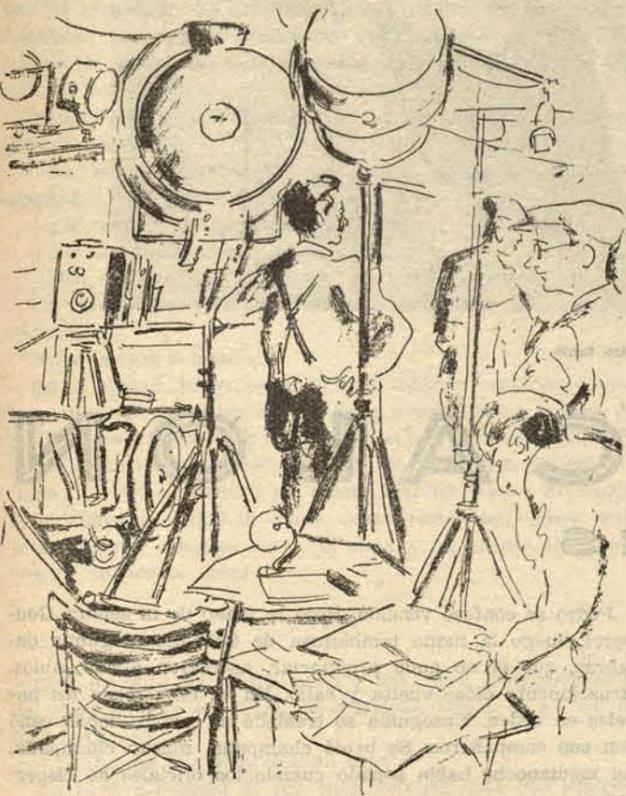


diferentes sitios, a la caza de distintas perspectivas, haciendo visajes concienzudamente y quemando con admirable contumacia unos indecentes cigarrillos de la Tabacalera.

Mignone, el escenógrafo de "Rumbo al Cairo", película cuya realización estamos presenciando, nos sitúa en estas escenas ante un establecimiento donde se venden discos de gramófono y "similares". Volvemos a ratificarnos en el concepto excelente que nos merece la arquitectura de nuestros films. Aquí no falta nada y todo es bello y exacto. Dos lindas dependientas detrás del mostrador: dos "extras". Y en una cabina aneja utilizable para prueba de discos, la estrella y el galán. El galán, mozo y simpático, ya le conocíamos: es Ricardo Núñez. A la estrella la conoceremos después.

A todo esto Perojo no para un momento. Va y viene. Se echa la visera hacia atrás; sitúa a la pareja en un posición conveniente; vuelve hasta la cámara; pide luz. Y antes de comenzar el ensayo de la escena, ya con todos los focos en un brutal estallido luminoso, aplica un ojo al tomavistas y purifica a través de los

UN RINCON DEL ESTUDIO



nobles cristales del aparato aquel concepto cinematográfico que se va a dibujar en el celuloide.

Se ensaya la situación dos o tres veces, hasta que a juicio del director—sentado en una banqueta en primer término—sale todo como es debido. Una voz de silencio después, suspende hasta el resuello de los circunstancias, y otro grito oportuno previene al ingeniero de sonido, encerrado en su cámara neumática y atento a la mágica escritura de la voz humana sobre la tenue banda de la película. —¡Estupenda maravilla para la que no hemos tenido aún, con el reposo necesario, el recogido homenaje de nuestra admiración!— A popa del tomavistas, los dos operadores, Fred Mandell y Tom Fred, manipulan en aquella caja negra de simple apariencia geométrica, pero llena "por dentro" de intrincados y sutiles prodigios mecánicos.

Pasado el momento del rodaje, apagados los focos y dueño el rumor nuevamente de la vasta capacidad del estudio, Benito Perojo se acerca hasta nosotros, sorteando cables y bambalinas y acompañado de una criatura saltarina y gentilísima, que es nada menos que la estrella. Se llama María del Carmen Merino, y tiene dieciséis años.

Saluda toda alborozada de sonrisas y se sienta a posar para Arteché, con un número de CIUDAD entre las manos, como es de rigor.

—Me acordé de esta muchacha—dice el joven director español—cuando buscaba con afán un tipo femenino para "Rumbo al Cairo". Ya antes de la realización de "Crisis Mundial" le hicimos una prueba con resultados poco definidos. Más tarde comprendí que mucha culpa de aquel fracaso la tuvo el maquillaje. Ahora, antes de empezar esta película, cuando desesperaba de encontrar lo que quería, me acordé de ella... y aquí la tienen ustedes con unas aptitudes excelentes para el trabajo.



María del Carmen Merino, Ricardo Núñez y Miguel Ligeró, trío interpretativo de "Rumbo al Cairo".

(Foto Cifesa.)

La señora de Perojo interviene en nuestro diálogo, para aclarar, con su fina sensibilidad femenina, algunos conceptos laudatorios para la joven actriz, que acaso se escaparan a la perspicacia solamente varonil y profesional de su marido.

—A pesar de su juventud extremada—asegura—tiene un enorme aplomo ante la cámara. Cualquiera en su lugar sentiría ese encogimiento inevitable ante un camino nuevo como éste y, generalmente, deslumbrador. Y no es así en este caso. María del Carmen, apenas salida de la niñez, se mueve en el Estudio con una soltura envidiable y da de sí los matices interpretativos más complejos e inesperados con una sorprendente facilidad.

Nos volvemos insensiblemente hacia el sujeto de aquellas alabanzas, que sigue con paciencia bajo la dictadura del lápiz de nuestro compañero. El rostro de Arteché acentúa su movilidad, cosa que sucede únicamente ante motivos trascendentales, y hasta le asoma la lengua entre los labios a curiosear con reverencia la gracia y la juventud de aquel modelo.

A María del Carmen no hace falta preguntarle nada. Ella lo dice todo con una encantadora ingenuidad, que Dios le conserve muchos años.

—No se imaginan ustedes los disgustos y las contrariedades que he padecido hasta llegar aquí—dice muy de prisa, con un afán enorme de hablar—. En mi casa no toleraban de ninguna manera esta pasión mía por el cine. Querían que estudiara taquigrafía y mecanografía, y cultura general... Pero yo me escapaba y hacía lo imposible por darme a conocer en los Estudios. ¡Si vieran los cachetes que me ha costado el dichoso cine!...

Y se ríe con toda su linda figura, desde los breves piececillos inquietos, y a través de su cuerpo liviano,

BENITO PEROJO



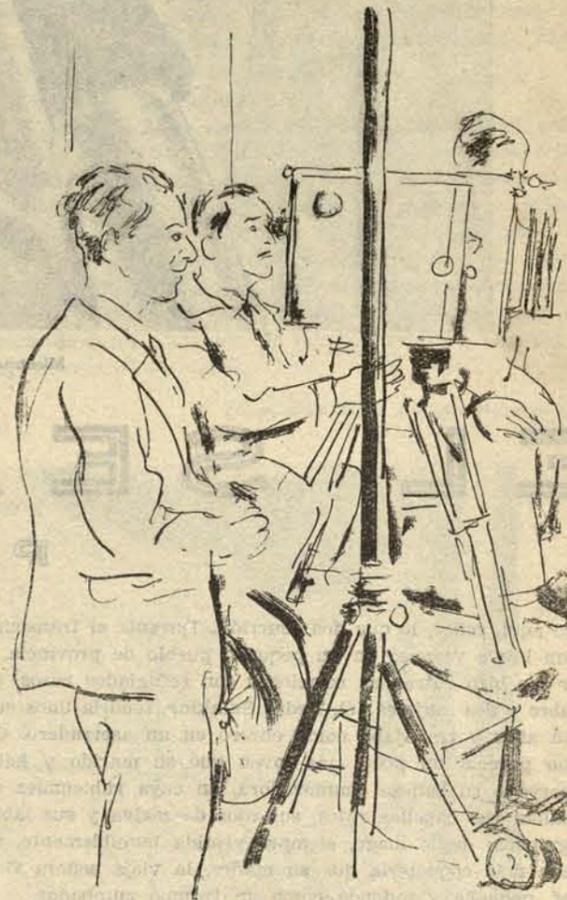
apenas insinuado, hasta su cara perfecta de armonía y maquillaje—esta vez acertaron—coronada por una melena rubia de oro viejo.

María del Carmen Merino admira a Lilian Harvey y a Anny Ondra, y no quiere ir a Hollywood.

—Es decir, si quiero—continúa—. Bueno. Quiero y no quiero. Me gustaría estar allí y aquí al mismo tiempo. Pero en España... ¡Yo quiero trabajar mucho en España!

Una galería cinematográfica reúne fácilmente, bajo sus focos, a gentes de varias nacionalidades. Aquí, en los Estudios de la CEA, se habla en estos momentos hasta ruso. Kraf, el hombre del maquillaje, que hoy nos ha dado muestras de su habilidad y de su arte, es un buen ruso, que ha pasado por las actividades más desconcertantes hasta llegar a su delicada profesión actual. Desde comandante de un submarino hasta "maquilleur", imagínense ustedes la órbita descrita. Hombre modesto, no quiere hablar de sí mismo, a pesar del

LOS «CAMERAMEN» EN FUNCIONES



indudable interés periodístico que tendrían sus relatos, o acaso por eso mismo.

Vuelve Perojo hasta nosotros aprovechando algún momento de reposo escénico, y nos habla de su trabajo.

—De aquí salimos algunas veces de madrugada—dice con cierto aire de cansancio, efectivamente—. Llevamos adelantado casi la mitad del rodaje de los interiores, y a fines de este mes saldremos para Mallorca a trabajar al aire libre bajo aquella luz admirable del Mediterráneo.

—¿Y después?

—Después—replica—a seguir mi labor para el cinema nacional con el mejor esfuerzo, como siempre lo hice. Al terminar "Rumbo al Cairo" comenzaré la realización sonora de "La Verbena"...

Benito Perojo, el nombre más representativo de toda nuestra historia cinematográfica, preside en estos días la realización de un film nacional en unos excelentes estudios madrileños. A su alrededor se agrupa un conjunto de figuras conocidas de nuestra escena y un puñado de extranjeros, técnicos en labores cinematográficas, hasta hoy no muy populares en España.

Miguel Ligeró, una especie de Georges Milton hispano. Ricardo Núñez, galán de "Rumbo al Cairo", hombre simpático y excelente conocedor de escondidos figones, donde se come bien y por poco dinero. Carlos Díaz de Mendoza, de figura expresiva y nerviosa, y con un apellido que nos trae al recuerdo viejos esplendores inmarcesibles. Pepe Calle...

Y Mignone, Fred Mandell, Tom Fred, Kraf...

Gente toda que trabaja, en fin, alrededor de una obra española, sirviendo a un arte nuevo todavía, y para la cual rendimos aquí, en cualquier caso, nuestra gratitud y nuestro aplauso.



Mientras la mano de Catalina acariciaba el espinazo suave de la bestia, la mano de Pedro hacía otro tanto.

EL SEXTO ESCALON

Por ROGER REGIS

He aquí, señor, lo que nos ocurrió... Durante el transcurso de un breve veraneo en un pequeño pueblo de provincia, el azar me hizo entrar en relaciones con refugiados rusos. Un hombre y dos mujeres: él, Pedro Salakine, tendría unos cuarenta años y trabajaba como obrero en un aserradero. Catalina parecía un poco más joven que su marido y había conservado su belleza conmovedora, en cuya rubicundez sobresalían sus cabellos rojos, sus ojos de malva y sus labios sanguíneos; desde luego, siempre vestida humildemente, sin mucha más coquetería que su madre, la vieja señora Goubaref, pequeña y redonda como un trompo zumbador.

Los tres parecían haber olvidado su situación social de otros tiempos, bien diferente, se adivinaba, de la en que ahora tenían en Francia. Los tres parecían felices.

Después de un período de desconfianza para conmigo, me dispensaron a menudo su amistad. Un día, en torno a la llama azul de un samovar, se pusieron a hablar. Los tres juntos, o casi juntos. Hube de poner mucha atención para no perder el hilo de sus relatos. Y con la cabeza descansada, pude reconstruir aquel caos de confidencias, así comenzadas:

—He aquí, señor, lo que nos ocurrió...

Es necesario remontarnos a los trágicos días de 1914. En el momento en que estalló la Gran Guerra, la señora Goubaref, que era viuda, vivía con su hija en Kherson, una ciudad del sur de Rusia, que, por su calma y por sus tradiciones, se parecía a una de nuestras villas de provincia. Allí habitaba una antigua casa situada cerca de una plaza poblada de tilos, y de la cual ella era la propietaria, ocupando el único piso alto. La planta baja la alquilaba a un joven oficial de la Marina, el lugarteniente Pedro Salakine.

Catalina tenía entonces dieciocho años, y, de una gracia precoz y de una belleza ya esplendorosa, mostraba todas las seducciones de una mujer. El joven lugarteniente no tardó en conmoverse ante tan turbadora vecindad. En ocasión de hacerle un servicio a la señora Goubaref, fué admitido bien pronto para poder presentarles sus homenajes a las dos mujeres, por quienes era recibido con una cordialidad cada vez más creciente. Creyó enseguida haber conquistado la plaza, tanto más—no lo dudaba—cuanto que su juventud y su buen humor obraban rápidamente sobre el corazón de Catalina. Y no tardó en ser amado como él lo anhelaba.

Un día, Pedro Salakine se presentó en casa de la señora Goubaref llevando una canasta de mimbre. Esta canasta contenía una gatita persa que el oficial quería ofrecer a la joven, una gatita de pelo sedoso como un plumón, y de un color gris, casi azul, de paloma. Catalina estaba sola. Al ver al lindo animalito salir de su prisión, batió las manos como una chiquilla; luego se apoderó de la gatita y la cubrió de besos.

—¿Cómo la llamaré?—preguntó.

—¡No tendrá usted más remedio que darle un nombre de princesa persa!

—¿Leila por ejemplo?

—Leila, eso es; me atrevo a decir que le irá como un guante ese nombre.

Se sentaron en un diván y pusieron entre ambos a la gatita, que se encogió como una bola. Mientras la mano de Catalina acariciaba el espinazo suave de la bestia, la mano de Pedro hacía otro tanto. Las dos manos terminaron por encontrarse. Se estrecharon, y el joven murmuró:

—Catalina, ¡la amo!

Ella no respondió, pero dejó caer su cabeza sobre el hombro próximo, y, con los ojos cerrados, la boca sellada, misteriosa y débil, tendió como una ofrenda su rostro hacia los labios de Pedro Salakine.

Al día siguiente, el oficial no vaciló en cumplir una misión que le parecía apremiante. Pidió a la señora Goubaref la mano de Catalina. Entonces, ante el asombro del hombre, aquélla no respondió aceptando inmediatamente, sino con palabras dudosas:

—Me siento muy halagada..., pero Catalina es muy joven todavía. ¿Está usted seguro de la sinceridad de sus sentimientos? Antes de tomar una resolución, debemos de reflexionar. Además, ciertas cuestiones materiales deben ser consultadas.

Pedro se retiró, asombrado por aquel golpe imprevisto.

Esto ocurría en los primeros días de julio. Durante las semanas que siguieron, el oficial evitó cuidadosamente el encontrarse con las dos mujeres, y se entregó, en cuanto le fué posible, enteramente a su servicio. No experimentó, por lo tanto, ninguna pena cuando comenzaron a circular los rumores de una guerra próxima. Bruscamente, una orden del zar decretó la movilización.

El lugarteniente, que debía embarcarse al otro día al amanecer, con su regimiento, no pudo hacer menos que despedirse de su huésped. Fué recibido por la señora Goubaref con un entusiasmo caluroso, que le hizo olvidar su rencor, y, por su hija, con una emoción dolorosa que aumentó su pasión. Para ocultar su propia turbación, él fingía preocuparse especialmente por la existencia que iban a llevar las dos mujeres solas.

—¡Oh!—respondió la señora Goubaref—, Kherson es la ciudad más apacible del mundo. En cuanto a nuestra soledad, no tenga usted cuidado. Tengo dos sirvientes muy fieles, especialmente a Gregorio, con quien puedo contar en todas las circunstancias.

Gregorio era un mujik de unos treinta años, que desde hacía mucho tiempo estaba al servicio de la familia, desempeñando en la casa las funciones más diversas.

—Pero—recalcó el oficial—, la movilización le va a arrancar también a ese muchacho.

—¡No hay peligro! Gregorio es tuerto del ojo derecho. Cuando era niño perdió ese ojo al entrarle en él una astilla de madera. Los ejércitos del zar no reclutarán jamás a los tuertos.

Pedro se confesó vencido. Besó la mano de la señora Goubaref, luego la mano temblorosa de Catalina. Algunas palabras, que él no pudo pronunciar, asomaron a sus labios. Bruscamente dióse vuelta y salió. En su casa, puso los papeles en orden. Enseguida se trasladó al casino, donde cenó con sus compañeros. Se bebió champaña, mucho champaña. La medianoche había sonado cuando los oficiales se dispersaron.

Al llegar al sitio poblado de tilos, Pedro observó con sorpresa que una ventana del primer piso estaba aún iluminada, y, aproximándose a ella, vió que una sombra, detrás del vidrio, espía a los transeúntes nocturnos. Reconoció la débil silueta de Catalina. Apenas en el vestíbulo de la casa, él oyó que se abría una puerta y que unos pasos atenuados descendían la larga escalera de madera, cubierta con una espesa alfombra. Y unos pasos más fuertes crujió en el silencio nocturno. La joven ya estaba allí, con los brazos tendidos y balbuciente:

—No he querido dejarle partir sin otro adiós que la fría entrevista de hace un rato. Pedro, ¡yo le amo, le amo!...

El la abrazó, y sus labios se unieron.

Ella estaba pálida entre los bucles rojizos de su cabellera suelta; sus grandes ojos de malva, más agrandados aún por la angustia, y su boca sangrante como una herida; más tentadora también, bajo la suave ropa interior que cubría su cuerpo.

—¡Esto no está bien!—murmuró el joven—. Vuelva usted a subir, pronto. Podría sorprendernos su mamá...

Abrazándose a él, ella replicó:

—¡Nada me importa si debo perderle! No quiero abandonarle aún.

La puerta que daba al departamento de Pedro estaba abierta. Resueltamente, ella se adelantó y entró en la habitación. Y no salió hasta despuntar el alba.

Pasaron tres años, llenos de infortunios de todas clases para los ejércitos del zar, pero con una suerte constante para Pedro Salakine, que pasó, sin ninguna herida, por las peores pruebas. Cada vez que obtenía licencia, iba a Kherson. Y allí encontraba a Catalina prosiguiendo, junto a su madre, su vida sin cambio alguno.

Para el licenciado, los días transcurrían con una melancolía penetrante. No le quedaba más consuelo que la alegría secreta de sus noches.

Una mañana—algunas horas antes de que Pedro volviera a partir para el frente—, Catalina abandonó la habitación del joven más tarde que de costumbre: el alba comenzaba a blanquear los vidrios. Pedro la había conducido hasta la puerta. Y la miró subir los escalones. Apenas la joven cerró la puerta de su departamento tras de sí, en el piso superior, el de los sirvientes, apareció una sombra inclinándose sobre la baranda de la escalera. El oficial reconoció a Gregorio, y Gregorio percibió enseguida al oficial. Este último creyó como recurso hábil el bromear:

—Te he sorprendido, bribón! ¿Te has levantado temprano porque deseas venir a batirte conmigo? ¿Pues bien! ¿Haz tus paquetes y ven! ¡Allá abajo hay lugar para todo el mundo!

Sólo un gruñido respondió, y el sirviente desapareció. Pedro no volvió a verlo hasta el momento de la partida, cuando fué a despedirse de la señora Goubaref y de Catalina. Gregorio estaba de pie detrás de ellas: fijaba sobre el oficial su único ojo, extraño en su ancho rostro de Kalmuco, y aquel ojo parecía cargado de odio.

—¡Esperemos—dijo la señora Goubaref como último adiós—, esperemos, que pronto nos traerá usted la victoria! La victoria, en Rusia, no estaba ya en manos de nadie: 1917, ¡la revolución!

En Kherson se irguió el espectro del miedo. La señora Goubaref propuso a su hija huir, como lo habían hecho ya la mayor parte de las familias burguesas de la ciudad. Catalina estuvo a punto de aceptar. Pero, ¿cómo abandonar a Pedro Salakine? Y postergó para más adelante toda decisión.

Durante la época de mayor intensidad de la lucha en el frente, el joven oficial recibió una herida en el hombro, que le permitió ir a pasar su convalecencia en Kherson.

—¡Ahora, no nos separaremos jamás!—exclamaba Catalina.

En su egoísmo amoroso, ella olvidaba los nuevos deberes que se le imponían al antiguo oficial del zar. Este tomó parte primero en la vanguardia, después en la retaguardia del ejército blanco. Y aun cuando se cansaba un poco más cada día, seguía luchando, pero cerca de aquella a quien amaba. En el palacio del antiguo gobernador de Kherson, Pedro Salakine, con algunos camaradas, desempeñaba un rol de organizador voluntario y se esforzaba en poner un poco de orden en la retirada.

Cuando Catalina le hablaba de los proyectos de su madre, él respondía:

—La señora Goubaref tiene razón. ¡Váyanse, váyanse pronto!

—¿Y usted?—preguntaba la joven.

—Yo me quedo, desde luego.

—¡En ese caso, yo me quedo también!—replicaba ella.

En vano él procuraba convencer a su amante. Ella se encaprichaba.

Pasaron dos semanas.

En la ciudad, todos los almacenes estaban cerrados ahora, las calles desiertas, las casas vacías o poco menos. Cerca de la plaza de los tilos, la casa de la señora Goubaref parecía tan muerta como las demás. Ante la aproximación del peligro, los dos sirvientes, en efecto, habían huído. En cuarto a Gregorio, también había desaparecido no menos misteriosamente. Así fué como Catalina y su madre se encontraron de pronto solas.

Una mañana, el oficial salió a una hora desacostumbrada. Parecía más febril que lo corriente. Desde el umbral de la puerta gritó:

—¡Antes de dos días estarán aquí!

No tuvo necesidad de dar más detalles. Las dos mujeres palidecieron. Pedro se percató enseguida de que a ellas les faltaba sangre fría, y continuó, con una voz pausada:

—¡No tengan miedo! Ya he pensado la manera de salvarlas. Todo está listo para nuestra fuga. Sí, yo también. ¿Qué podría intentar yo contra lo inevitable? Con mis compañeros hemos luchado para formar una barrera ante la invasión de los rojos. Pero ya no podemos más...

Y, después de un corto silencio, agregó:

—Así, pues, huiémoslos juntos. Me he asegurado un automóvil, que nos esperará mañana, a pocos pasos de la plaza. Yo vendré a buscarlas al mediodía, exactamente...

Por fin, mostrando un envoltorio de papeles cuidadosamente atado, declaró:

—He sido encargado de ocultar estos documentos, que son muy importantes. Los llevaré en el auto mañana, con ustedes; pero, de aquí a mañana, es necesario que los coloquen en un lugar seguro.

La señora Goubaref y su hija propusieron sucesivamente diversos escondites. Conociendo bien las dependencias de la casa, Pedro decidió:

—Simplemente, voy a colocarlos allá arriba, en la habitación de los sirvientes... ¡A propósito, no brilla por su coraje aquel pobre Gregorio! ¿Qué puede haberle ocurrido? Los esconderé debajo de algún mueble.

Le dieron la llave de una buhardilla situada en lo alto del departamento. Y luego partió, renovando sus incitaciones a la confianza y a la esperanza.

Al día siguiente, a primera hora, Catalina salió de compras por la ciudad. Pedro le había indicado una cooperativa militar que liquidaba sus existencias de conservas, y la joven había creído prudente provisionarse antes de huir hacia lo desconocido. La señora Goubaref, emocionada frente a una partida que bien podía ser definitiva, vagaba de una pieza a la otra, deteniéndose delante de cada mueble, de cada objeto familiar que le recordaba su pasado. Y mientras estaba así soñando frente a una vieja imagen, algunos golpes discretos sonaron en la puerta del vestíbulo.

Corrió a abrir y lanzó un grito de feliz sorpresa:

—¡Gregorio! ¿Es posible que seas tú?

El antiguo mujik estaba en el umbral con aquella misma actitud, a la vez indiferente y fiera, que le era habitual desde que servía a la familia Goubaref.

—¡Sí, soy yo!—respondió en voz baja.

Su ojo sano pestañaba bajo un espeso gorro de piel, y su ancha cara se iluminó con una sonrisa. Fué esta sonrisa

únicamente lo que observó la señora Goubaref, no prestando atención ni a su capote de soldado, ni al sable, ni a las fundas de las pistolas, ni a las cartucheras.

—Yo sabía que tú no podrías abandonarnos—continuó ella—; tú, a quien yo conozco desde tu infancia; tú, que eres, por así decirlo, de nuestra familia. ¡Yo sabía que tú volverías!

El sonrió de nuevo, y respondió:

—Me siento feliz al ver que la señora Goubaref goza de buena salud... ¿La señorita Catalina está bien también?

—A Dios gracias, se encuentra bien. Pero, como yo, vive en medio de una loca inquietud... ¡Ah, mi pobre Gregorio, qué mala época la nuestra! ¡Después de la guerra, la revolución! Un poco más y no nos hubieras hallado aquí. Debemos partir, partir no sé adónde. Al mediodía, un amigo vendrá a buscarnos para llevarnos en automóvil.

—¡Ah!... ¡Yo hubiera deseado, sin embargo, ver a la señorita Catalina!

—No ha de tardar en volver. Pasa, y espérala.

El uno siguiendo a la otra, penetraron ambos en el salón. Era una pieza soleada, cuyas ventanas daban, por detrás de la casa, hacia un pequeño jardín abandonado, y no se había creído necesario cerrar sus postigos.

Leila, que dormía sobre una silla, entreabrió sus ojos. Reconoció al recién llegado, saltó a tierra y fué a restregar su espinazo contra las botas de aquél. Como Gregorio se inclinara para acariciar a la gata, la arena crujió sobre el piso. Fué entonces cuando la señora Goubaref observó el capote del uniforme, las cartucheras, los revólveres en sus estuches.

—¿Cómo es eso! ¿Eres soldado ahora?—preguntó ella.

—¡Sí, soy soldado... a mi modo!

—¿De los nuestros?

El miró a su antigua ama con una especie de orgullo o de desconfianza:

—¡No!—respondió—; ¡de los otros!

Con el aliento cortado por la sorpresa y el miedo, la señora Goubaref balbuceó:

—¡Tú, Gregorio, eres de esos infames rojos que...!

—¡Los rojos, como usted dice, no son lo que usted cree!

La prueba: yo he sido de los primeros en deslizarme hasta Kherson para llevarlas, para socorrerlas a ustedes, si es necesario.

—¡No necesitamos de tí! Hace ya tiempo que Pedro Salakine nos ha ofrecido venir en nuestra ayuda.

La cólera y el odio modelaron bien pronto el rostro de Gregorio, que respondió:

—¡Comprendo!... ¡Pedro Salakine está en la ciudad! ¿Es él quien va a venir de un momento a otro a buscarlas para huir?

—Sí, es él. Todo está previsto. ¡El nos salvará!

—No es seguro eso.

—¿Quién podrá impedirlo?

—¿Desconoce usted, entonces, lo que ha ocurrido esta mañana en Kherson?

—Creo que lo mismo que otros días.

—No. Nuestras tropas, las que luchan por la liberación de Rusia, han avanzado ya sobre las dos orillas del Dnieper y han invadido los suburbios. Ante nosotros no hemos hallado sino el vacío. Del ejército blanco no quedan más que unos borrachos retardados. La ciudad entera será ocupada antes de mediodía.

La señora Goubaref no pareció turbarse por esta predicción. Con un encaprichamiento tenaz, respondió:

—Pedro Salakine encontrará la manera de ponernos a salvo.

—No—dijo el otro.

—¿Por qué?

El soldado rojo levantó el cierre de los dos estuches que tenía adheridos a su cinturón, y con cada una de sus manos extrajo de ellos un revólver.

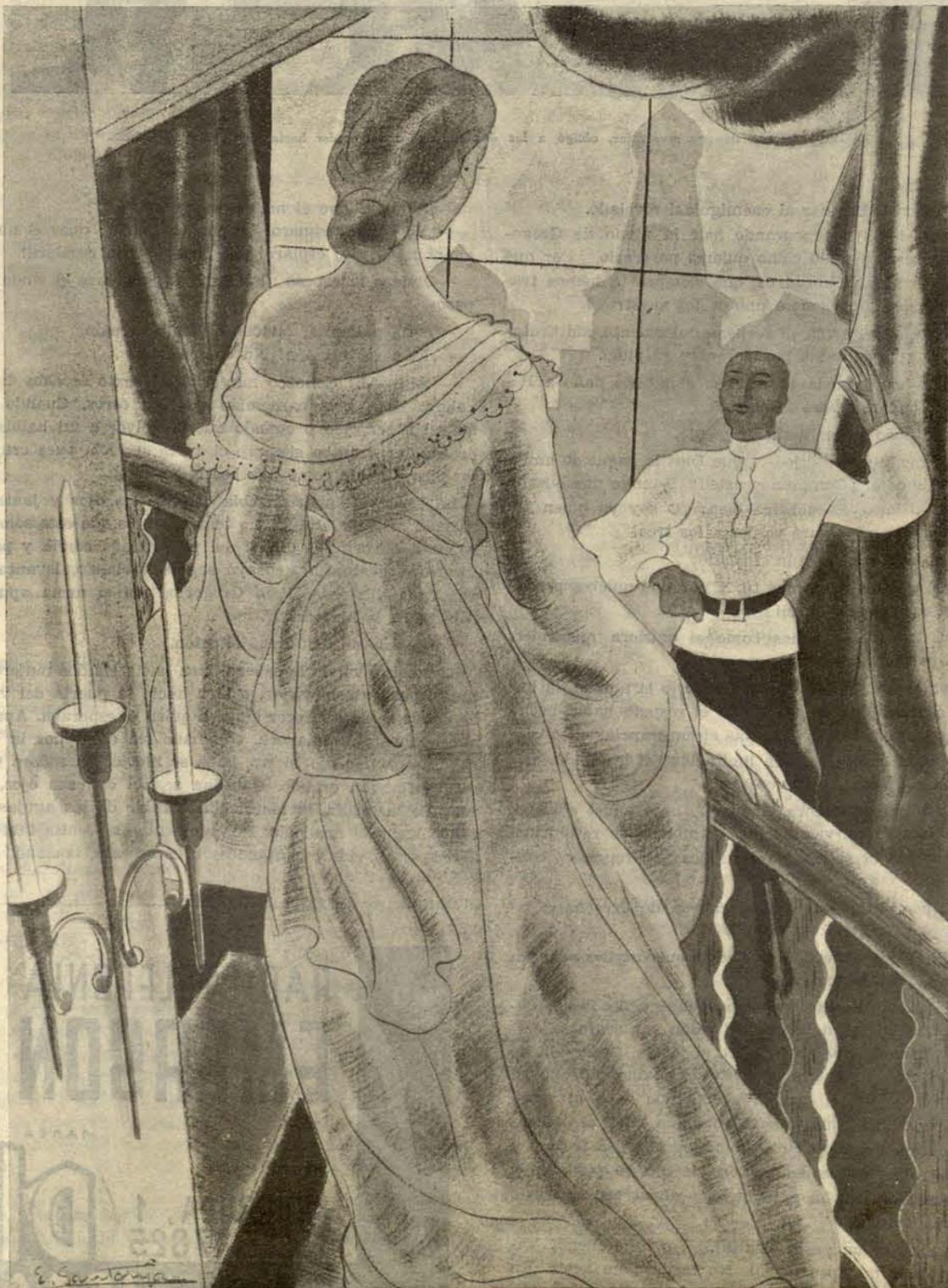
—¡Porque yo lo impediré!—declaró el hombre.

En ese momento, la puerta del salón se abrió y apareció Catalina. Igual que su madre, hizo una exclamación de asombro feliz al reconocer a su antiguo sirviente, pero, ante la expresión extrañamente convulsionada de éste y ante las miradas preñadas de angustia de la señora Goubaref, advinó el peligro, sin comprender aún su gravedad real. Turbada a su vez, la joven preguntó:

—¿Qué es lo que sucede?

Fué su madre quien respondió. Con palabras débiles, refirió la llegada imprevista del hombre, explicó su sorpresa, repitió algunas frases cambiadas entre ambos y las amenazas profetizadas. Durante este tiempo, Gregorio permanecía en silencio y miraba a Catalina. La miraba con su único ojo, por el que pasaban sucesivamente la admiración, la pasión por aquella belleza de mujer joven que, para su mayor turbación, hallaba ahora mucho más bella, y después pasaba también una especie de furor contenido, de rabia secreta que alteraba los rasgos duros de su rostro.

(Continúa en la página siguiente.)



Catalina abandonó la habitación del joven más tarde que de costumbre.



Bajo la amenaza de sus revólveres, obligó a las dos mujeres a retroceder hacia un ángulo del salón...

Catalina intentó ablandar al enemigo así revelado.

—¡Veamos!—le dijo, procurando asir la mano de Gregorio—, tú no eres tan malo como quieres parecerlo. ¿Por qué has de hacernos mal a nosotros, que siempre te hemos tratado y te consideramos como a uno de los nuestros?

Con el cañón de su arma, él rechazó dulcemente, sin brutalidad, la mano que se había posado sobre su puño.

—¿Por qué—continuó la joven—vas a hacerle daño a Pedro Salakine, que te quiere también?

Gregorio se puso a reír maliciosamente.

—¡Ah! ¡El me quiere!—dijo—. ¿Que Dios le pague su amistad! Pues yo le odio. ¿Comprende usted? Y tengo mis buenas razones para odiarlo. Escúcheme bien: ¡O soy yo quien las saque de Kherson, o los haré perder a los tres!

Catalina no comprendía aún. Insistió:

—¿Por qué quieres salvarnos tú, y por qué quieres perder a quien está apasionado de mí?

El hombre movió los labios como si quisiera responder, pero ni una palabra salió de su garganta.

Ella adivinó, por fin, la verdad. Gregorio la amaba, la había amado siempre con un amor que el respeto había hecho tener oculto hasta entonces, pero las circunstancias excepcionales lo liberaban ahora de toda limitación: él la amaba salvajemente, celosamente, y la deseaba.

Menos perspicaz, la señora Goubaref, ante aquel silencio, creyó que el antiguo sirviente había cambiado de resolución. Y unió su voz a la de su hija para suplicar a Gregorio y conmovierlo.

Siempre mudo, balanceaba él la cabeza de derecha a izquierda. De pronto, gritó:

—¡Hemos hablado demasiado! ¡Puesto que ustedes rehusan seguirme, nos quedaremos aquí!

Bajo la amenaza de sus revólveres, obligó a las dos mujeres a retroceder hacia un ángulo del salón y a sentarse cerca de una ventana que se abría sobre el jardín. Desde allí no era posible lanzar ni siquiera un grito de auxilio. Enseguida, Gregorio abrió de par en par la puerta que daba al vestíbulo, y lo mismo hizo con la puerta que daba sobre el descanso de la escalera, y como Leira viniera de nuevo a frotar su espinazo contra las botas del hombre, le dió un puntapié y la echó rodando afuera. La gata huyó, y el intruso se volvió hacia sus prisioneras:

—¡Ni un grito ni un gesto—les dijo—, o haré fuego! Vamos a esperar al hermoso oficial. No tardará en venir. En cuanto aparezca sobre el umbral, dispararé sobre él.

Catalina hizo un esfuerzo para murmurar:

—¡Siempre que él no tire antes sobre ti!

—¡Yo tiraré primero!—replicó el otro—, pues él no sospechará nada. ¡Lo espiaré! ¡Le oír subir la escalera!

—Olvidas la espesa alfombra, que apagará el ruido de sus pasos.

—Y tú, palomita, olvidas el sexto escalón.

—¡El sexto escalón! No comprendo.

—¡Ah! ¡Ah! Conozco muy bien el sexto escalón de la escalera. Está más carcomido que los otros. Cuando quería salir sin ser oído o cuando quería volver a mi habitación a escondidas, saltaba siempre el sexto escalón, pues cruje bajo los pies y chillaba como una bestia herida.

La señora Goubaref había cerrado los ojos y juntado las manos: oraba. Catalina, no teniendo más que este sólo recurso para advertir al oficial del peligro que corría y para invitarlo a desconfiar, ensayó seguir hablando, levantando la voz cada vez más. Pero Gregorio, con el arma apuntando sobre ella, la hizo callar.

Un pesado silencio llenó el salón.

El hombre volvía la cabeza, bien hacia las dos mujeres sentadas, para amenazarlas, o bien hacia la puerta del vestíbulo, donde debía aparecer aquel a quien él esperaba. Aparte de aquel monótono balanceo, efectuado sin cesar por la gruesa cabeza con uno ojo tuerto, nada se movía. La señora Goubaref continuaba orando. Catalina seguía con sus ojos, en el reloj de la estufa, la marcha inexorable de las agujas avanzando hacia el mediodía. Por momentos se sentía tentada de arriesgar su vida levantándose bruscamente, lanzando gritos,

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

arrojándose sobre su adversario y ligándole los brazos con sus débiles fuerzas. Por momentos, abandonando toda esperanza, se resignaba a aguardar, repitiendo en voz baja:

—¡No, no es posible! Pedro es demasiado hábil, demasiado inteligente para dejarse abatir como un perro por este bruto. El cielo lo protegerá. ¡Se producirá algún acontecimiento inesperado que lo salvará!

Las doce menos cinco.

El tuerto no había levantado la mano...

De pronto, se le vió vacilar, agitar el aire con sus brazos, con la cabeza hacia adelante, y desplomarse con un ruido sordo sobre el piso.

Detrás de él una puerta se había abierto silenciosamente y un tiro había sonado, más rápido que el chasquido de un latigazo, confundiendo enseguida con la caída del cuerpo.

Empuñando aún el revólver, Pedro Salakine apareció entre la pieza vecina y el salón. Con mucha calma, les dijo:

—¡Vengan! ¡Vengan pronto! La ruta está libre. Un automóvil nos espera. ¡No hay tiempo que perder!

Como si fueran seres sin pensamiento y sin voluntad, la señora Goubaref y su hija obedecieron. Cogieron las maletas, preparadas con anterioridad, y siguieron al oficial. Al bajar la escalera, los fugitivos hicieron cruzar bajo sus pies el sexto escalón.

Sólo cuando el automóvil salió de Kherson y empezó a marchar rápidamente hacia el sur, camino de la libertad, Catalina se dispuso a demandar explicaciones.

Le confió a Pedro lo que había pasado momentos antes entre Gregorio, su madre y ella, y agregó:

—El lo esperaba a usted. Lo espiaba, para matarlo. ¿Cómo pudo usted franquear el sexto escalón sin provocar el crujido denunciador de su llegada?

—¡El sexto escalón!—respondió Pedro, asombrado—. No sé lo que usted quiere decir. Lo que yo puedo decirle es esto: Desde luego, no esperaba encontrar a Gregorio allí, y, por lo tanto, no desconfiaba de nada. Solamente cuando subí la escalera para reunirme con ustedes, vi a Leila, que nunca las abandona, tendida cuan larga es sobre un escalón. ¿Cuál? Yo no lo conté, pero debí ser el sexto, ciertamente. Para no incomodar a la gata, levanté el pie, pasando sobre ella, sin pisar la tabla donde estaba echada.

—¡Azar providencial!—murmuró Catalina—. ¿Y luego?—preguntó aún.

—Luego, continué subiendo. Por la puerta abierta vi a un soldado que, con la cabeza inclinada sobre ustedes, les apuntaba con su arma. Sin hacer ruido, me metí en la buhardilla, donde recogí los documentos que allí había escondido. Volví a bajar entonces, no por la gran escalera, sino por la escalera de los sirvientes. Entré en el departamento por la cocina. Tomé mi revólver. Ustedes saben lo demás...

—¡Pobre Leila!—suspiró la joven—. A ella le debemos los tres el tener la vida a salvo... ¡Y la hemos abandonado!...

Sin quitar las manos del volante, Pedro Salakine hizo una señal.

—¡Yo no la abandoné!—replicó—. Al huir nosotros, estaba todavía en la escalera, y la recogí al pasar. ¡Véanla! ¡Está aquí, a mis pies, hecha una bola!

RADIOTELEFONIA
EMERSON

REPRESENTANTE DE
Y COLONIAL

MARCA REGIST.

CHURRUCA, 1
TELEF. 17825

DIANA MADRID

ISAAC MARTIN

El próximo film de Greta Garbo

El próximo film de Greta Garbo será una versión hablada de *Ana Karenina*. Se había asegurado que en la realización de este film trabajaría George Cukor, que tanto éxito consiguió con *Little Women* y *David Copperfield*, pero de pronto ha sido substituido por Clarence Brown. ¿Cómo es posible que el encargo haya recaído sobre Brown, a quien la Garbo no ha dirigido la palabra durante cuatro años?

Clarence Brown ha querido borrar todo equívoco.

«El motivo de nuestra ruptura—ha dicho—fué que Greta se negaba a aprender el inglés. El film hablado había hecho su aparición, y yo quería que ella hablase corrientemente. Hoy he cambiado de opinión. Greta Garbo tiene un acento agradable, y a mi regreso de Europa he comprendido que es la artista más formidable del mundo.

»Además, *Ana Karenina* es una obra digna de ser estudiada. De todos los films de Greta Garbo, el que más dinero dió fué la versión muda de esta misma película. Si nos aplicamos, la versión sonora puede tener el mismo éxito.»

Así, pues, la Garbo y Brown vuelven a trabajar juntos: sólo faltaba John Gilbert, pero parece ser que su anterior papel en *Ana Karenina* será representado esta vez por Frederic March.

Marlene Dietrich y Joseph von Sternberg se separan

Marlene Dietrich, descubierta en Alemania por Joseph von Sternberg, debutó en un film de este director, «El ángel azul». Sternberg la llamó después a América y allí la hizo famosa.

Ahora parece que se rompe la colaboración profesional de estos dos artistas.

Aún no se sabe quién será el nuevo director de Marlene Dietrich, pero en las líneas siguientes explica la estrella alemana su separación

M A L A C A

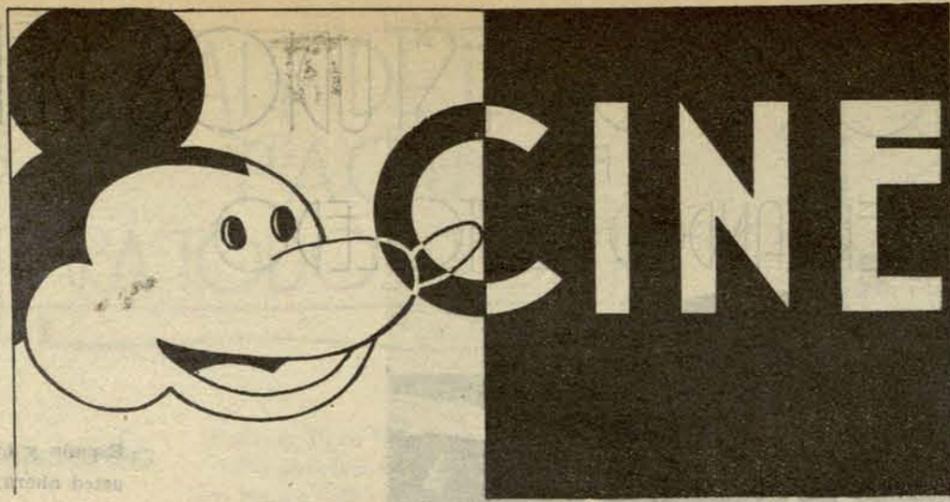


Una escena de la película documental próxima a estrenarse.

de von Sternberg y nos habla de cómo ve su porvenir cinematográfico.

«Ya no soy más la colaboradora de Von Sternberg. Voy a empezar un nuevo experimento. Antes había dejado siempre todas las iniciativas a la discreción de Sternberg, y no sé cuáles serán ahora los resultados artísticos de esta nueva era. Es von Sternberg el que ha querido que separásemos nuestras carreras, y no yo, que hubiese preferido continuar como hasta aquí. Quisiera hacer en lo sucesivo algo moderno y esperaba que Lubitsch se hubiese encargado de dirigir mis películas, pero desde que le han nombrado director de la Paramount he perdido toda esperanza. Aún no sé, pues, lo que haré, pero estoy segura de decirlo todo a mi vuelta de New York, a donde voy a despedir a mi marido, que marcha a Europa. Contrariamente a lo que se ha dicho, no he firmado ningún contrato de dos años con la Paramount, y si solamente para realizar dos films de dicha casa. Uno lo empezaré enseguida y el otro antes de finalizar el año. Entre los dos es posible que haga un viaje a Europa, y ése es el motivo de querer estar en libertad.

»Mucho se ha hablado de mi último film, «El diablo es mujer», y mucho se le ha criticado



P o r G A B R I E L G A R C I A E S P I N A

sin conocerle. Sternberg ensayó en él una técnica muy original.

»Vuelvo a repetir que es von Sternberg el que ha preferido nuestra separación, juzgándola necesaria, y quisiera que haya acertado. Estoy contenta de haber firmado un contrato que me concede privilegios extraordinarios, y es natural que el porvenir se me presente bajo los colores más gratos.»



CONTROL
CINEMATOGRAFICO

- «ALTO» Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ «CUIDADO» Un film con determinadas debilidades artísticas.
- «SIGA» Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *As de ases.*—Nada nuevo en films de aviación, donde ya se llegó antes de ahora a un límite difícilmente superable. Película bien realizada materialmente, a pesar de lo manido del tema, pero falsa de concepto y desagradable en su desarrollo íntimo. Richard Dix es lo mejor de la película, a pesar de lo ingrato y falso de su papel.

○ *Maria Luisa de Austria.*—Excelente film que nos trae de nuevo a la pantalla el arte inolvidable de Paula Wessey. Willy Forst, que fué su director en «Mascarada», la acompaña aquí como intérprete magnífico. Los decorados y el vestuario son de una admirable suntuosidad evocadora. Un solo pero: alguna lentitud en determinados momentos, bien disculpable ante la calidad total del film. Ha sido dirigido por Karl Hart.

● *En Capri nació un amor.*—Película mediocre en todas sus dimensiones. Es raro que Fitzmaurice, hombre de personalidad destacada en el campo de los realizadores norteamericanos, haya sufrido este tropezón en su carrera.

⊕ *Yo no quiero irme a la cama.*—Una película inglesa, cómica y regularcilla, toda ella desde el principio hasta el fin. Stanley Lupino y Polly Walker—sobre todo él—procuran por todos los medios hacer reír a la gente, y en algunas ocasiones lo consiguen.

⊕ *Se necesita un protector.*—Otro film de tono humorístico y con mejores perspectivas cinematográficas que el anterior. Se trata de un asunto desenvuelto y alegre que da lugar a situaciones de vodevil recogidas por la cámara con elogiada habilidad. Edmund Lowe es la figura principal de esta película, que sin grandes aciertos definitivos se ve con agrado.

○ *La familia lo desea.*—Renata Müller, la admirable estrella de «Guerra de Valses», trabaja en este film alemán acompañada de Adolf Wohlbruck, también intérprete de aquel gran film musical. El argumento de «La fa-

milia lo desea» es original y gracioso, y con sus ribetes de sátira para ciertas esferas encopetadas de la sociedad inglesa. Admirablemente reconstruidos los tipos—siempre vistos a través del prisma irónico—y bien llevada, en general, la película por Reinhold Lehenusel, su realizador, el film es agradable de ver y divertido.

⊕ *Aprendió de los marinos.*—La marina norteamericana, una vez más sirviendo de vehículo espiritual a otro film «marinero» y entretenido, como casi todos sus predecesores del mismo tipo. Bien realizada la película por G. Marshall y bien interpretada por Alice Faye y Lew Ayres, y por Harry Green y Frank Mitchell—excelente pareja cómica—; la película es recomendable por su dinamismo y comicidad.

NOTICIAS DE HOLLYWOOD

May Robson ha sido contratada para interpretar el papel principal de *Strangers All*, que Charles Vidor debe empezar a rodar en breve. En el resto de la distribución toman parte Preston Foster, Florine Mc Kinney y William Bakewell.

Village Tale, novela de Phil Strong, se está filmando actualmente. John Cromwell dirige la toma de vistas, con Kay Johnson y Randolph Scott en los papeles principales.

Star of midnight, el nuevo film que William Powell rueda actualmente bajo la dirección de Stephen Roberts, tiene la siguiente distribución: Ginger Rogers, Leslie Fenton, Gene Lockhart, Ralph Morgan y Russell Hopton.

El mejor artista de New York

En un concurso—¿cuanto les gustan los concursos a los americanos!—los críticos dramáticos de New York han designado los actores más notables de esta temporada teatral. Por unanimidad ha sido elegida Elisabeth Bergner. Katharine Cornell figura en segundo lugar. Pierre Fresnay va a la cabeza de todos sus compañeros del sexo masculino.

El cinema en Alemania

Con gran reserva se están rodando actualmente los dos grandes films del año: *Juana de Arco* y *Mazurca*, ambos de Willy Forst. Algela Salloker, que hace el papel de la Doncella de Orleans, era desconocida por completo hace unos meses.

Igualmente en *Mazurca* veremos al lado de Pola Negri, en un papel muy importante, a Ingelberg Theek, una joven de diecisiete años que hasta ahora no había hecho cine.

El film del Congreso nazi de Nuremberg, realizado bajo la dirección de Leni Riefenthal, la heroína de *La luz azul* y amiga de Hitler, se presentará en breve en Berlín bajo el título: *El triunfo de la voluntad*. La cinta, llevada a cabo con el mayor esmero (sólo han conser-

vado 3.200 metros de película de 128.000), es esperada con impaciencia como la primera obra importante de propaganda hitleriana.

El "Napoleón", de Abel Gance

No hacer más que una cosa, pero hacerla bien... Esa es la divisa de Abel Gance, que está terminando su versión sonora de *Napoleón*. Como todos saben, Abel Gance ha trabajado mucho en nuevos experimentos alrededor de la sonoridad cinematográfica y ha tenido la amabilidad de explicar en qué consistirá lo que él llama relieve sonoro.

—A fin de conseguir en ciertos casos efectos sonoros nuevos—nos dice—, introduciendo a los espectadores en la acción misma del film y creando de este modo una atmósfera que aumente su valor espectacular, haciéndole más verídico, es interesante asegurar la reproducción sonora por medios materiales que se añadan a las instalaciones normales existentes.

»Esto se consigue con el empleo de diferentes altavoces, situados en diversos sitios de la sala: por ejemplo, detrás de la pantalla, a los lados de la sala, sobre la pared del fondo, en el techo y en el suelo.

»Esos aparatos pueden funcionar individualmente, en series o simultáneamente. Tomemos como ejemplo un avión visible sobre la pantalla, que viene desde el infinito hasta un primer plano y que debe dar la impresión de que vuela sobre los espectadores. El ruido del motor, primero poco perceptible, se va amplificando hasta que el avión esté en primer término; luego el altavoz del techo reemplazará al de la pantalla y, finalmente, el de la pared del fondo substituirá al del techo. La sensación sonora del avión pasando por encima de la cabeza de los espectadores será entonces exacta a la realidad.

»El mando mecánico de este procedimiento es relativamente sencillo, y tengo una confianza absoluta en esta nueva perspectiva sonora; ciertos planos serán sugestivos únicamente por

M A L A C A



Una escena de la película documental próxima a estrenarse.

el sonido y lejos de la imagen, que sólo servirá como punto de apoyo.»

El film en colores

Hasta ahora el film en colores había sido intentado pocas veces y con gran discreción. Pero se ha creído bastante adelantado ya el nuevo procedimiento para ser probado en un film de envergadura, y aquí tenemos a «Becky Sharp», realizado desde el principio al fin en tecnicolor.

En realidad, los centros cinematográficos se sienten todavía escépticos y no demuestran un entusiasmo desbordante por el nuevo procedimiento. Primero, porque es mucho más caro. Los gastos de «Becky Sharp» alcanzan aproximadamente la suma de ochocientos mil dólares. Y, además, porque el nuevo sistema prohíbe casi por completo el trabajo en exteriores.

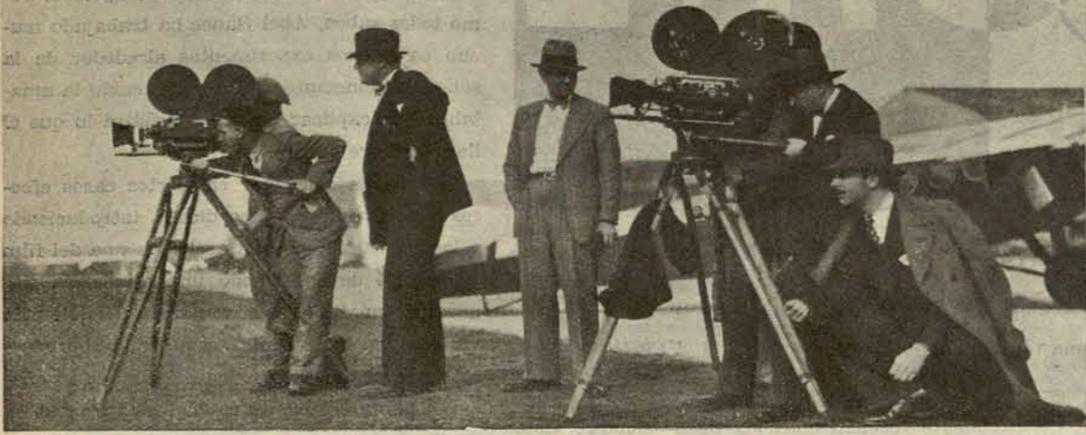
«Becky Sharp» ha sido cineografiado por entero en el estudio. Próximamente se ensayará el procedimiento al aire libre, pero es casi seguro que se necesitará reforzar la luz natural con ayuda de poderosos medios artificiales.

Rouben Mamoulian ha puesto la película en escena, lo que ya es una garantía.

LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO

POR
FERNANDO G. TOLEDO

EXCLUSIVO
PARA "CIUDAD"



LA ESCALERA AMOROSA

Son las siete de la mañana de un día típico de invierno parisino. Las calles, rezumando agua, reflejan la claridad gris de un cielo que no ha de brillantarse. La humedad invade implacable los miembros de la multitud de «extras» que se apretujan, en una mezcla de sensualidad y protección mutua contra el frío, a las puertas de los estudios de Pathé Nathan en Joinville.

Ellas son mujercitas jóvenes con fuertes colores naturales y restos en los ojos de los artificiales que usaron la noche anterior. El madrugón no les dejó tiempo para efectuar

las distintas compañías que se hallan en producción. Alvarez se ha quedado solo, desorientado, al encontrarse sin los amigos españoles que le proporcionaron el trabajo. No sabe qué es lo que debe de hacer ni dónde empezar a «maquillarse».

Se aventura por uno de los corredores y encuentra a su paso una mujercita de rasgos muy suaves y atrayentes, que le dirige una sonrisa. Animado por el gesto de ella, se acerca y repara en el traje que lleva de gitanilla andaluza. Los ojos de la mujer y los de Luis, en una larga mirada, se declaran sinceros su mutua simpatía y, entonces, Alvarez rompe el silencio y ruega:

—¿Podría usted decirme, señorita, en dónde se hallan los camerinos para los «extras»?

—¿Trabaja usted en la película española? Pues lo primero que debe hacer es recoger un traje español y luego yo le llevaré adonde pueda usted vestirse y pintarse.

—Este traje que llevo está hecho precisamente en Madrid. ¿No cree usted que podría pasar?

—¡Oh, no. *Mais non!* Tiene que ser verdaderamente español, como el que yo llevo... ¿Sabe usted?

—Sí, sí. Ya entiendo.

Con gran agradecimiento por parte de Alvarez, la señorita simpática le lleva al departamento de sastrería e inmediatamente se ve atendido por una gruesa mujer, que saluda con gran deferencia a su acompañante. Allí recogen un sombrero cordobés, una guayabera y unos pantalones muy estrechos. Firma un recibo por todo ello y regresan al punto de partida recorriendo los mismos complicados corredores, suben una escalera de caracol y, por fin, se detienen a la puerta de una magnífica habitación:

—¿Le gustaría a usted este camerino?

—Me parece que estos camerinos son, nada más, para las «vedettes». A mí no me corresponde esto...

—No sea usted niño. Entre y llámeme cuando se haya cambiado de ropa. Yo le ayudaré a «maquillarse»...

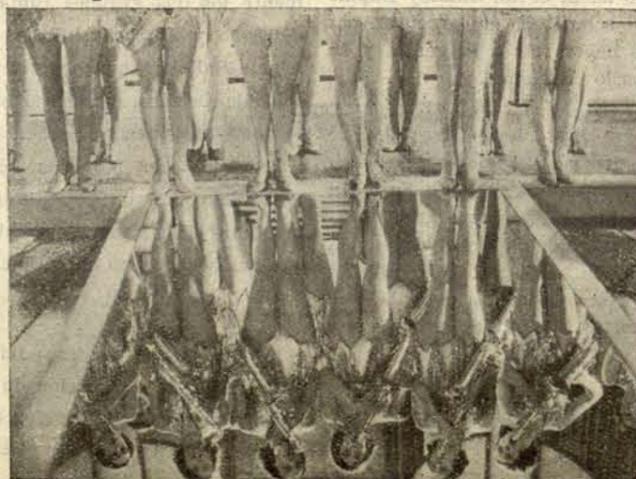
Ni corto ni perezoso, el español se despoja de su traje, lo dobla cuidadosamente y se viste con el traje andaluz campero. Seguidamente llama a su nueva amiga y la consulta...

—Usted perdone. ¿Cómo se llama usted?

—Gaby...

—Yo me llamo Luis. Pues bien, Gaby, ¿qué le parece mi traje?

—Encantador... Cuántas veces he soñado que estaba en



...a cual de ellas ayudaría a triunfar?

España y que un hombre moreno y ardiente, vestido como usted ahora, me declaraba su amor a la luz de la luna cantándome dulces sonatinas a la guitarra...

Gaby, entusiasmándose a sí misma, se acercaba a Luis con la esperanza de que la comprendiera mejor. Este contempló a la francesita romántica, de cuerpo chiquitín y blanquísimo, que tan espontáneamente declaraba su entusiasmo. Salvó lentamente la distancia que los separaba para acariciar con sus labios aquellos otros jugosos y gordezuelos, que parecían pronunciar una eterna «u».

El resto de los «extras» españoles se hallaba en el patio esperando órdenes y comentando el retraso de Alvarez, que no había sido visto en el camerino «general» de figurantes. La intranquilidad de los compañeros llegaba al límite, cuando le vieron llegar muy ufano y sonriente, perfectamente vestido y pintado a pesar de su inexperiencia.

—Pero, ¿de dónde sales?

—¡Pues ya lo veis..., del camerino!

—¿Qué camerino?

—Ah, no sé. Una muchachita, llamada Gaby, me dijo que podía utilizar su camerino, y así lo hice. Tenía teléfono, baño y, sobre todo, calefacción...



—Tiene que ser un traje verdaderamente español, como el mío... ¿Sabe usted?

—¡Anda! ¿Tú sabes en dónde te has metido? ¡Pues en el camerino de Gaby Dally, amigueta del director Benoist y estrella de la cinta! De modo que si éste ve algo sospechoso has terminado de entrar por Pathé Nathan...

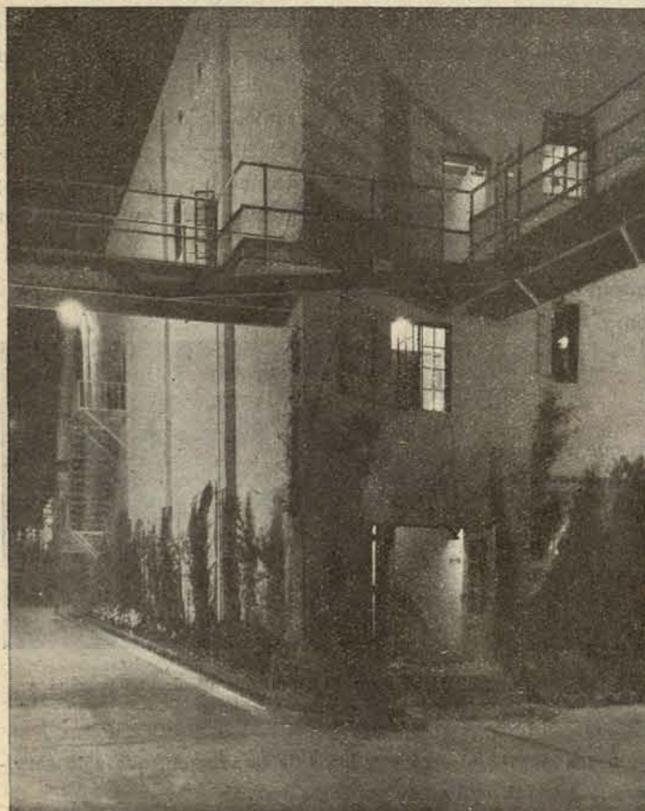
Pero no sucedió así. Durante todo el día Gaby no apartaba su mirada de Luis, y el director no quitó la vista de ella. Era una cadena de miradas, porque Luis no quitó sus ojos del director. Al finalizar el trabajo, Luis fué presentado y recomendado cálidamente a la sección correspondiente. Su trabajo en Pathé estaba bien garantizado.

Horas después, pensando en su habitación, creyó descifrar una terrible verdad—base del triunfo en el cine, y vió los peldaños, alegres o amargos, que debían escalarse—muchas veces—para llegar a la meta codiciada. En ellos quedaban adheridas—casi siempre—las mejores cualidades morales de cada uno...

Gaby llegó a estrella protegida por Benoist...

Alvarez trabajaría mucho gracias a Gaby...

Aspiró Luis alegremente la última bocanada de su pipa y, soltando una carcajada, pleno de euforia, pensó a cuál de sus amiguitas ayudaría a subir...



...un patio inmenso en el que desembocan incontables corredores...

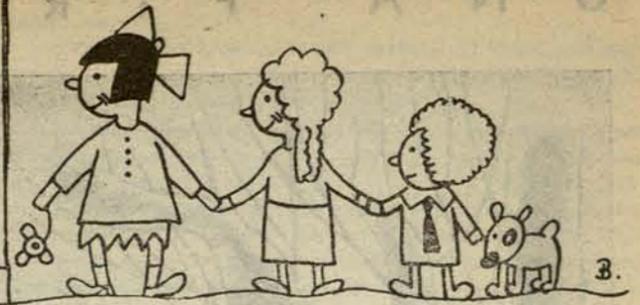
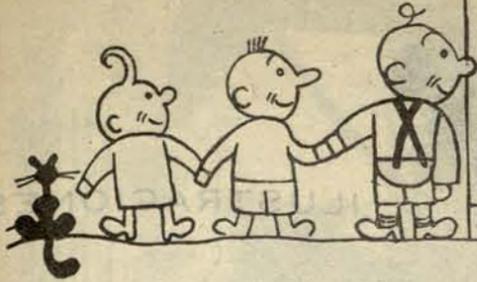
un lavado a conciencia. La vaselina que más tarde emplearán en el estudio sabrá borrar el rimel y las sombras que fueron usados el día antes. Los vestidos semiabrochados al costado, y las medias en retorcimiento de columnas churriguéscas, reflejan claramente los pocos minutos que se utilizaron para su arreglo.

Los hombres, con las caras llenas de desolladuras—huella sangrienta de la máquina de afeitar—y los cordones de los zapatos arrastrando, apuran con ansia los cigarrillos que encendieron después del rápido café con «croissants», que fué su desayuno.

En Pathé Nathan se necesita un gran número de «extras» para una cinta de ambiente español. Luis Alvarez se encuentra entre ellos.

Después de media hora de espera en las verjas de aquel palacio de las ilusiones, se abre una pequeña puerta y, mediante la exhibición de los despachos que les citaron a trabajar, se les da acceso, uno a uno, al patio inmenso, en donde desembocan incontables corredores y por los que van desapareciendo, algunos rápidamente, otros con lentitud, en dirección a los diferentes departamentos correspondientes a

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



Se necesita un extremo izquierdo

Por EDUARDO DALE

(Continuación)

Estaba poniéndose el cuello, cuando González apareció en la puerta con la pelota bajo el brazo.

—Peralta—dijo—, ¿no perteneciste al equipo del Estudiantes?

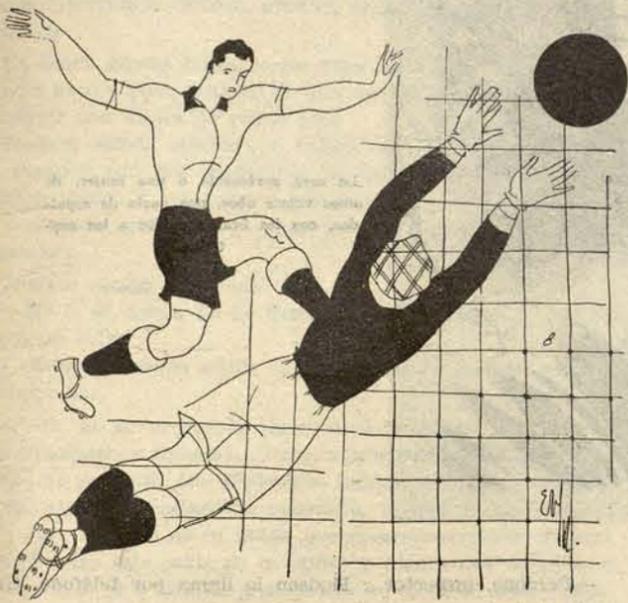
Paco asintió con la cabeza.

—Les falta un hombre. ¿Quieres reemplazarle? Total, es un partido amistoso y no hay inconveniente en que lo hagas. Necesitan un extremo izquierdo.

Francisco sólo dudó un segundo.

—Sí—repuso—. Jugaré con ellos.

Moreno y Rojo cambiaron una mirada de desesperación. Tuvieron el presentimiento de que su broma



de Inocentes no alcanzaría el éxito que habían esperado.

Triunfo.

No cabía duda de que el plan de Moreno se venía abajo. Había enviado la tarjeta para burlarse de Paco; pero ahora, en el campo, éste se burlaba de él, haciendo pasar la pelota bajo sus propias narices cuantas veces quería.

Los Estudiantes, al ver la habilidad de su extremo izquierdo, le mandaban el balón en todas las oportunidades posibles, y Francisco realizaba tales maravillas, que aunque en el primer tiempo no se marcó ningún gol, la pelota estuvo más cerca del marco de los Azuleños que de los pies de sus delanteros.

Vino el descanso, después de fatigosos cuarenta y cinco minutos de juego, y el único tema de conversación entre los Azuleños era el magnífico extremo que habían prestado al "team" opuesto.

González se volvió a Moreno con una expresión de cólera:

—Si ese es el concepto que tienes de un muchacho egoísta, vanidoso y chambón, preferiría que no volvieres a opinar en el Comité.

—¡Oh!—repuso el otro—. Déjale por mi cuenta. Como es de los nuestros, no he querido avergonzarle; pero ahora verás.

Sonó el pito del "referee", y mientras los jugadores ocupaban sus posiciones, Valentín se acercó a su compañero:

—La hemos hecho buena—dijo.

—¿Cómo iba yo a imaginarme que les faltaría un hombre a los Estudiantes?

—Bueno, por amor de Dios, haz algo. Todo el tiempo ha estado paseándose alrededor tuyo. Si no anulas su juego le pondrán en el equipo del sábado, y yo tendré que irme al Africa.

—No te preocupes; ya le quitaré las ganas de presumir.

Cuando Paco los vió juntos se sonrió interiormente. —No parecen muy alegres—murmuró entre sí—. El tiro les ha salido por la culata.

Volvió a sonar el pito, y la pelota fué puesta en movimiento. El delantero centro la pasó al extremo izquierdo. De acuerdo con las instrucciones recibidas durante el descanso, los Estudiantes tendrán que facilitar el juego de Peralta. Este se lanzó tras el balón como una flecha. Moreno corrió a interponerse y Paco alargó el paso. Cuando el primero llegó a la pelota, el pie de Paco surgió no se sabe de dónde, y el hercúleo puntapié de aquél fué a dar en el vacío.

—¡Bien jugado, Paco!—gritó el capitán de su equipo.

Peralta corría mientras tanto hacia el córner. Iba tan rápido, que había dejado atrás a sus propios delanteros. El zaguero se precipitó a su encuentro. Paco balanceó la pierna izquierda como para centrar, pero antes de que el zaguero pudiera alcanzarlo, apoyó la izquierda en el suelo, y con el pie derecho llevó la pelota varios metros más adelante.

—¡Chuta, hombre, chuta ahora!—gritó su capitán.

Pero Peralta tenía tiempo. El gol era ya inevitable, y quería llevar la pelota más cerca del marco, para que el ángulo de su "shot" no fuese tan agudo.

De súbito oyó un grito:

—¡Cuidado!

Con el raballo del ojo vió que Moreno corría detrás de él, el rostro todo convulsionado de rabia.

Tranquilamente se detuvo, y ¡paf!, la pelota partió como una bala de cañón. El portero trató de detenerla. La rozó con los dedos, pero el balón, que venía muy alto, hundiéndose en la red con la velocidad de un tren expreso. Se oyó una salva de aplausos, y en el mismo momento el hombro de Moreno le pegó en la espalda y le arrojó al suelo, falto de respiración. Lo vió todo negro, y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí oyó la voz del "referee":

—Moreno, váyase del campo enseguida. Jamás he visto un "foul" más intencionado. A consecuencia del "foul", Peralta quedó anulado para el resto del juego, y el "match" terminó empatado a uno.

Después, en el cuarto de vestir, González se aproximó a Peralta.

—¿Qué tal ese hombro?—le preguntó, ansiosamente.

—Está mejor. No me hizo mucho daño.

—Trata de curarte para el sábado. Serás nuestro extremo izquierdo en el "match" de la Liga.

Los ojos de Paco brillaron de alegría:

—¿Será posible? ¿Crees que sirvo?

—¿Si sirves? Hace tiempo ya que deberías estar en primera división.

El "futballer" sentía ganas de cantar. Había triunfado en toda la línea. Podría intervenir en un partido de la categoría máxima.

La lucha por el campeonato.

—Oye, Valentín, fastidiale todo lo que puedas. No le facilites el juego. Mira que es nuestra última oportunidad.

Era el sábado a la tarde. Rojo llevaba su camiseta a rayas, pero Moreno estaba en traje de calle. Hoy sería un simple espectador. A causa del "foul" le habían suspendido por un mes.

Ensombrecido y furioso dirigióse hacia las tribunas. Allí se encontró con el padre de Peralta.

—¡Hola, Moreno! ¿No juega? ¿Qué le pasa?

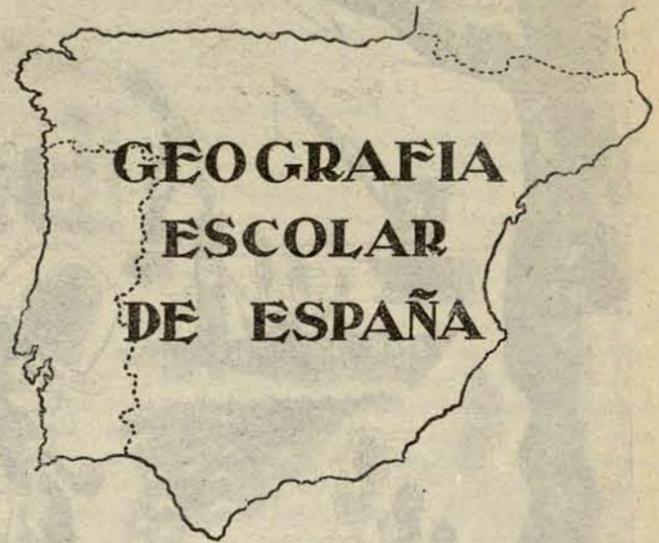
—Me lastimé en la rodilla el jueves—mintió el interperado.

En el Club no se divulgaban los castigos impuestos a sus miembros. De ahí que Moreno pudiese mentir a sus anchas.

—¿Por qué no ganaron a los Estudiantes?—siguió el señor Peralta—. ¿Cómo jugó Paco?

Moreno dudó un momento. Una sonrisa astuta dilató sus labios.

—Para decirle la verdad, señor Peralta, si no hubiera sido por él hubiéramos ganado. ¿Pero no le habló Paco del "match"?



(Continuación)

León

León es una provincia cuya parte occidental es montañosa y muy fértil; cosecha cereales, vino, aceite en abundancia; la parte meridional tiene extensas y feraces planicies que rinden gran cantidad de cereales y legumbres, lino y vinos; en el centro posee fértiles vegas. Sus principales poblaciones son: la capital, con magníficos monumentos; Astorga, Ponferrada, Sahagún, Villafranca del Bierzo, etc.

Zamora

Zamora es provincia muy montañosa y de las más fértiles, pues produce vino abundante y superior, muchos cereales, lino, patatas, los mejores garbanzos y muchísimos pastos. Sus principales poblaciones son: la capital, la monumental y bella ciudad de Toro, Benavente, Alcañices, Fuentesauco, célebre por sus garbanzos, etc.

Salamanca

Salamanca es provincia de suelo muy feraz y abundante en aguas medicinales; posee bastante industria, como las bayetas, mantas y jergas de Ledesma y los celebrados paños de Béjar; cosecha abundantes vinos, aceites y cereales. Son poblaciones notables: la capital, notable por sus monumentos, antigua Universidad y bella plaza Mayor; Ciudad Rodrigo, Béjar, Alba de Tormes, con el sepulcro de Santa Teresa, etc.

Valladolid

Valladolid es una provincia constituida por una gran llanura de tierras feracísimas, apta para toda clase de cereales, legumbres, lino, cáñamo, vinos, numerosos ganados; también desarrolla industrias importantes. Sus principales poblaciones son: la capital, notable por numerosos y valiosos monumentos, entre ellos el patio de San Gregorio; Medina del Campo, Medina de Rioseco, Peñafiel, Simancas, Tordesillas, etc.

Palencia

Palencia es una provincia agrícola que tiene una parte montañosa y otra de extensa planicie muy fértil, llamadas Tierras de Campos, verdadero granero de Castilla, regado por el Canal de Castilla. Sus industrias principales son la fabricación de harina y mantas de lana; tiene como poblaciones notables: la capital, Dueñas, Saldaña, Carrión de los Condes, Paredes de Nava, etc.

León.—Notas históricas.—En tiempos de Fernando III se unen las Coronas de León y Castilla (1230). Alfonso III, en 883, conquista a los moros la ciudad de Zamora, Alfonso IX (1188-1230) funda la Universidad de Salamanca. En 1521, en el pueblito de Villalar (Valladolid) son vencidos y decapitados los patriotas castellanos Padiella, Bravo y Maldonado. En 1506, Cristóbal Colón muere pobremente en Valladolid.

(Concluirá en el número próximo)

(Continuará)



ILUSTRACIONES

DE

GORI MUÑOZ

La cara pertenecía a una mujer, de unos veinte años, que yacía de espaldas, con los brazos caídos a los costados.

EL CRIMEN DEL PUENTE

Por W. ENGLISH

El timbre del teléfono quebró de pronto el silencio; el inspector Saunders descolgó el receptor:

—¡Hola!...—llamó, colocando ante él un lápiz y una hoja del bloc.

—¿Con la estación de Policía?—dijo la voz.

—Sí. Habla el inspector Saunders. ¿Con quién hablo yo?

—Le llamo desde el teléfono público de Moss Lane, cerca del paseo de Bodden—fué la respuesta.

El inspector dedujo que aquella voz pertenecía a una persona débil y joven. Las palabras llegaban entrecortadas, y había pánico en el acento, cuando la voz gritó:

—¡Por amor de Dios! ¡Envíen a alguien!

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el inspector.

—Yo... yo... no lo sé con certeza..., pero debe ser suicidio o crimen.

—¿Y dónde?

—Aquí mismo, en la orilla del río, por el puente Bodden; Oh Dios mío! ¡Qué espectáculo!

—¿Usted ha visto el cadáver?—urgió el inspector, como su interlocutor hiciese una pausa.

La única respuesta fué un gemido.

—Vamos—dijo el inspector severamente—. Haga un esfuerzo, y dígame todo lo que sabe. ¿Quién es usted y qué ha visto?

—Bueno... Yo iba hace pocos minutos por el paseo de Bodden—comenzó la voz, hablando con esfuerzo—, y al llegar al río, comencé a trepar por la barranca.

Nuevo silencio.

—¿Y qué más?—preguntó el inspector.

—Me... me hallaba a mitad del camino—prosiguió el otro—, cuando... cuando vi, surgiendo del césped, en lo más alto de la barranca... ¡una cara!... Una cara horrible, blanca, muerta, que me miraba con fijeza. ¡Espantosa!...

La voz hizo otra pausa, y todo lo que pudo oír el inspector fué una respiración entrecortada y otros ruidos, como si hubiese una lucha en el puesto telefónico.

—¡Hola, hola!... ¿Está usted allí?

No recibió respuesta.

—¡Hola!—llamó nuevamente—. Oiga: estaremos con usted dentro de pocos minutos. Espérenos en la casilla del teléfono.

Tuvo la impresión de que alguien trataba de hablar; pero sólo oyó una serie de gemidos. De pronto, varios ruidos, en rápida sucesión, y luego, un silencio completo.

—¡Hola, hola! ¿Central? ¿Qué ocurre en el extremo de esta línea? No recibo contestación.

El operador repuso:

—Estoy llamando, pero no contestan. El receptor está descolgado.

—Me imaginé eso. ¿Puede usted comunicarme de nuevo, si llegan a llamar?

Y echando una mirada a la hoja del bloc, exclamó:

—¡Diablos! Después de todo, no conseguí el nombre de ese tipo...

Apretó un botón y, casi inmediatamente, entró un sargento.

—Barnés, dígame a Williams que traiga el coche enseguida. Telefónee después al doctor Mac Crae y dígame que pasaré a buscarle dentro de dos minutos para un asunto de suicidio o crimen cerca de Moss Lane. Llame a la ambulancia y avísele que recorra Moss Lane hasta el paseo de Bodden. Haré que alguien la espere allí.

El sargento abandonó la habitación. El inspector volvió a tomar el receptor.

—¿Central? ¿Sigue descolgado el tubo, eh? Bueno. Si llegan a hablar, tome nota, por favor, y me avisa inmediatamente. Hasta luego.

Colgó el tubo, y medio minuto después volvió a llamar:

—¿Johnson? Habla Saunders. ¿Puede estar listo dentro de cinco minutos con la cámara fotográfica? Bien. ¿Magnesio? No; al aire libre... Pasaré a buscarle. Cuando nos veamos le daré más detalles.

Poco después el inspector Saunders trepaba al coche policiaco ante la estación. En ese momento, Barnes se le acercó corriendo:

—Perdone, inspector... Hudson lo llama por teléfono. Urgente, señor...

Saunders volvió a entrar en su despacho.

—¡Hola!...—y oyó la voz de Hudson, el *policeman*.

—¿Es usted, inspector? Acabo de recibir un mensaje de que ha sido encontrado el cuerpo de una mujer cerca del puente Bodden.

—¿Quién se lo dijo?

—Una muchacha, señor... Jennie Hall. Me encontraba yo en la parada y ella se acercó en su bicicleta. Me dijo que acababa de ver a un hombre joven, desmayado, cerca del paseo de Bodden. Cuando ella lo interrogó, el joven le dijo no sé qué respecto de un cadáver cerca del puente de Bodden. Le hablo desde un café, señor, y le rogaría que viniese lo más pronto posible. Me dirijo inmediatamente al lugar del hecho.

—Bien, Hudson. Estaré allí dentro de pocos minutos. En realidad, ya he oído algo sobre lo que me dice. Me avisaron por teléfono... y supongo que será el mismo tipo a quien vió la muchacha ésa. Apúrese, Hudson; y trate de ver a ese joven. No toque nada hasta que yo llegue, y no deje acercarse a nadie.

Faltaba poco para las nueve de la mañana, cuando el coche policiaco se detuvo ante la casilla telefónica de Moss Lane. La calle estaba desierta. A uno y otro lado, setos y campos. La casilla había sido instalada en aquel lugar solitario no sólo para el servicio de las casas que podían verse por allí, junto al camino, sino también para algunas viviendas más alejadas.

El inspector Saunders consultó su reloj al bajar del vehículo.

—Han transcurrido justamente doce minutos desde que recibí esa llamada telefónica.

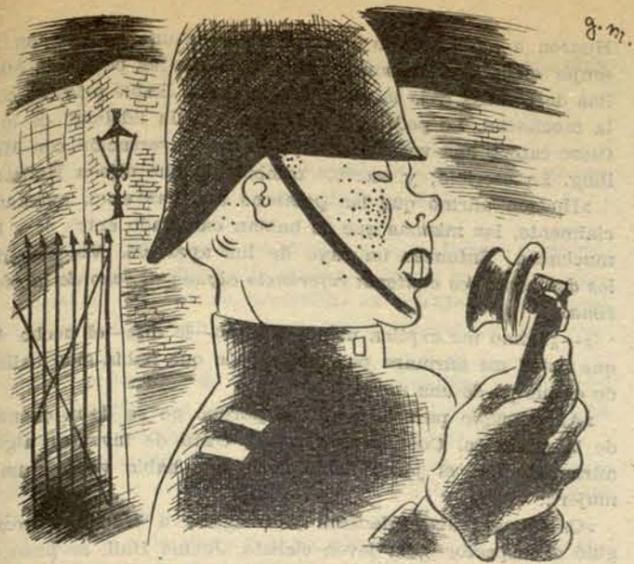
Examinaron la casilla. La puerta hallábase abierta y el receptor estaba descolgado aún. El inspector volvió al chofer.

—Quédese aquí, Williams, y no permita que se acerque nadie. Quiero tomar algunas impresiones digitales.

—Bien, señor.

—¿Y para qué necesita usted impresiones digitales de su informante?—preguntó el doctor. Mac Crae y Saunders eran viejos amigos y habían trabajado juntos en muchos casos del distrito. El doctor gustaba, sobre todo, de contrariar los razonamientos y las deducciones de Saunders.

—Porque—replicó el inspector—, cuando no doy con un hombre, trato de conseguir sus impresiones digitales.



—Pero ese hombre estará con Hudson... Usted me dijo que Hudson pudo encontrarse aquí antes que usted.

—Nada indica que esté con Hudson—repuso el inspector—. Y hasta que yo no me cerciore de eso, prefiero conservar las impresiones digitales.

El médico esperó que su amigo le dijese las razones que tenía para suponer que el misterioso informante había desaparecido. Pero Saunders calló.

Volvieron a ponerse en marcha, seguidos por el fotógrafo, a través de un campo desnudo, hacia el río, cuyas altas barrancas podían divisarse desde allí.

Cuando se acercaban al río, notaron que la senda formaba una curva junto a un bosquecillo y que éste obstruía la visibilidad de una porción de la ribera. Fué en ese mismo lugar donde divisaron a Hudson, inmóvil, contra el cielo azul de la mañana.

La senda giraba hasta correr paralela a la orilla, que ascendía poco a poco, después de una escarpadura inicial, hasta alcanzar una altura de veinte pies.

Hudson saludó solemne, e indicó con un movimiento de la mano y con una inclinación de cabeza que lo que ellos habían venido a ver yacía a sus pies.

—¿Dónde está el joven que halló el cuerpo?—preguntó Saunders.

Hudson movió la cabeza.

—No lo sé, señor. Le he buscado por todas partes y no he visto un alma.

—Estoy pensando dónde diablos se habrá metido—musitó el inspector.

—¡Oh, no se preocupe!—bromeó el médico—. Usted tiene sus impresiones digitales... Pero, a propósito... Apostaría que usted no ignoraba que Hudson se hallaba solo...

Saunders, con estudiada paciencia, repuso:

—Hay un sitio de la senda que recorrimos, desde el cual puede verse esta parte de la orilla; y cuando nos dirigíamos hacia aquí, vi a Hudson paseándose en la cima, solo. ¡Hola, mire!

El indicó unas huellas de pasos en la arcilla del terraplén.

—Son recientes—indicó—. Toda la arcilla alrededor está seca y dura, mientras que estas marcas aparecen húmedas.

Junto a las pisadas del inspector, las otras parecían pequeñas y estrechas; pero todas mostraban la humedad de la arcilla.

—Esto aclara el asunto del joven que le telefoneó a usted—observó el médico.

Saunders asintió. Luego comenzó a subir por el terraplén, a una yarda a la izquierda de las huellas. De pronto se detuvo, y los dos hombres que estaban abajo le vieron ponerse rígido.

—¡Dios mío!—exclamó, respirando con dificultad y conservando la cara vuelta a la cima de la barranca.

El doctor se le acercó corriendo y miró también.

Desde la senda de abajo no habían podido ver la loma que formaba la cúspide del terraplén; pero después de haber ascendido por lo más escarpado de la pendiente, el doctor pudo observar que la loma estaba cubierta con un césped alto que terminaba en un lugar donde la orilla parecía haber sido desmontada recientemente.

Surgiendo del césped alto y suspendida sobre la orilla había una cara humana.

La impresión de Saunders y el médico se intensificó por la circunstancia de que, en la posición en que se hallaban, el objeto se les aparecía como una cabeza sin cuerpo. La barba de aquella cara estaba vuelta hacia arriba, formando un punto inmóvil, en contraste con la movidiza superficie del césped.

Pero lo más extraordinario de aquel rostro era la expresión. Tenía la boca entreabierta y los ojos, fijos, enormes. El cutis mostraba unas manchas raras, y los cabellos formaban una mancha negra en la arcilla.

El doctor Mac Crae fué el primero en hablar:

—¡Qué cosa horrible! Así se explica que el joven estuviese nervioso...

Saunders no contestó. Contemplaba, abstraído, las huellas de pasos en el terraplén. El doctor, ágilmente, ascendió hasta la cúspide y se arrodilló junto a la cara. Desde allí, el *policeman*, en lo más alto, se les aparecía como un gigante.

Saunders siguió con lentitud al doctor y llamó a Johnson.

para que subiese con su cámara. El fotógrafo resolvió seguir la pendiente más suave, de la senda al puente, para llegar desde allí a la cima de la ribera.

Al alcanzar la cúspide, Saunders echó una rápida mirada a la cara, medio escondida entre el césped. Luego examinó cuidadosamente el terreno circundante. Por fin, contempló todo el paisaje.

La orilla descendía gradualmente hasta el agua unos treinta pies. A la derecha estaba el puente Bodden, una desvencijada construcción de madera; a la izquierda, el río hacía una curva, desapareciendo. La ribera opuesta también se elevaba sobre la región vecina.

Saunders volvió al *policeman*, que permanecía de pie junto al cadáver:

—¿Encontró algo, Hudson?—le preguntó.

—No, señor, nada. Ni señales de lucha. El césped no está pisoteado.

—Es cierto—dijo Saunders—. Y si el asesino llegó a la ribera por el puente y se volvió de la misma manera, no hay esperanzas de encontrar huellas de pasos en ninguna parte por aquí. ¿Y, doctor...?

—Estrangulación. ¿Ve estas marcas en el cuello? Producidas por los dedos.

Y Saunders observó:

—Con el peso de la cabeza, se ha desprendido de la orilla un poco de tierra. Por eso, la cabeza cuelga al revés.

La cara pertenecía a una mujer, de unos veinte años, que yacía de espaldas, con los brazos caídos a los costados. Llevaba un vestido negro. No había rastros de bolso ni de sombrero. Encontraron una bolsita en un bolsillo con algunas monedas y un pañuelo.

Ni anillos ni joyas de ninguna clase. Las manos, muy descuidadas... Afirmaría que era una sirvienta... Oiga, Johnson... tome una foto directa, otra de cada lado y, por fin, una del rostro, invertido, tal cual puede verlo quien suba por la pendiente.

En ese momento, una figura apareció. Era el hombre de la ambulancia.

—Cuando Johnson termine—ordenó Saunders—, arregle el cuerpo, Hudson, para que se lo lleven.

—Bien, señor—repuso el *policeman*.

Saunders volvió entonces al río, mirando primero en una dirección y luego en otra.

—¿Dónde se habrá metido nuestro informante?—murmuró—. ¿Qué le parece, doctor?

—Diría que es un tipo nervioso—contestó Mac Crae—. Apparently, sufrió un ataque en la casilla, mientras hablaba con usted; luego se repuso, y ahora estará por ahí, con un susto bárbaro.

—¿Y si alguien le dió un golpe en la cabeza mientras telefoneaba? No olvide que oí un ruido raro...

—Si hubiese sido atacado, se lo hubiera dicho a esa muchacha ciclista cuando ésta le encontró.

—Posiblemente—admitió Saunders—. Hay además otra alternativa: que el joven sea el criminal y que, con toda sencillez, se haya fugado.

—¿Avisando primero a la Policía? ¡Vamos!—observó el doctor.

—No sería la primera vez que un criminal informa a la Policía del descubrimiento del cadáver—dijo Saunders con un tono de leve superioridad en la voz—. Es una treta para que no les sigan el rastro enseguida, por lo menos. El joven pudo abrigar esa idea; y, en el momento de telefonar, le dió miedo. De todos modos, sea él el asesino o no, sabemos bastante a su respecto. Se trata de un hombre pequeño, de constitución débil. Así lo indican las pisadas, chicas y poco acentuadas, y, en cuanto a la estatura, la disposición del teléfono en la casilla...

Saunders miró una vez más la lejanía. Luego volvió los ojos hacia el río, que corría debajo.

—Vamos, doctor—dijo de pronto—. A lo mejor encontramos algo allí. Vea. Apenas hay agua en ese cauce, que en verano parece un torrente.

Al llegar al borde del agua, Saunders comenzó por examinar el terreno, siguiendo el lecho del río en ambas direcciones en un corto trecho.

—¿Buscando impresiones de pies, inspector?

Saunders asintió:

—¿Notó usted esas decoloraciones en el rostro de la mujer?—preguntó.

—Sí. Han sido causadas por el polvo, la pintura de los labios y cosas por el estilo, que le embadurnaron el rostro.

—¿Y cómo se lo embadurnaron?—preguntó Saunders—. Anoche no llovió; ni siquiera hubo rocío... Las ropas están enteramente secas. Hay una sola explicación: esas manchas han sido producidas por alguien que trató de hacer revivir a la muchacha mojándole la cara con un trapo... probablemente con un pañuelo. Y el que lo hizo, bajó hasta aquí en busca de agua, porque en el rostro había un poco de arena.

—¿Y quién se imagina usted que trató de reanimarla?—interrogó el médico.

—El criminal. El ataque debió ser repentino... un impulso, un acceso de rabia... seguido de la súbita comprensión del hecho consumado y de desesperados esfuerzos para salvar a la víctima. ¡Mire! Aquí tiene mi pisada. Estas arenas son especiales para conservar las huellas.

Y, mientras examinaban el rastro, Saunders lanzó una exclamación:

—¿Qué significa eso?

Y señaló una piedra redondeada, medio hundida en la arena,

a un paso de la huella que Saunders había hecho con sus zapatos, enormes.

—¿Ve esa piedra, doctor? Está mojada. ¿Y cómo está mojada? Le dije ya que no llovió anoche ni hubo rocío siquiera. Todas las demás piedras están secas.

—¿Y usted supone—preguntó Mac Crae, con asombro—que alguien sacó esa piedra del río y la puso aquí... hace menos de media hora?

—Esta piedra—declaró Saunders con gravedad—fué puesta aquí para cubrir la huella que estamos buscando. Mire.

Levantó la piedra cuidadosamente, dejando al descubierto una impresión en la arena que no era la que correspondía a una piedra.

—Está más claro que el agua—prosiguió el inspector—. Alguien creyó poder borrar rápidamente la huella mojando la piedra en el agua y apretándola contra el suelo. Se dió cuenta de que ese trabajo no podría realizarlo alisando la arena con las manos.

El doctor observó:

—La huella no era muy grande...

—Sí—agregó Saunders—. Sé lo que iba usted a decir. Esta piedra podría cubrir perfectamente una de esas huellas que vimos antes en la ribera, y que fueron hechas, según presumimos, por el joven que me telefoneó—Saunders hizo una pausa—: Si yo pudiera hacerle a ese joven una o dos preguntas nada más, pronto descubriría si estas huellas son suyas o no...

Al doctor le pareció absurda semejante afirmación, y se disponía a hablar, cuando el inspector le tomó de un brazo.

—Hay alguien en el puente—murmuró—. No, no mire... Por los signos, se me ocurre que es el joven que buscamos. Puedo verle bien... Parece nervioso y agitado. Tiene arcilla en los pantalones. Acerquémonos despacio... o lo perdemos. Y quiero pedirle un favor, doctor... Cuando yo hable con ese hombre, no me interrumpa... ¿De acuerdo?

Comenzaron a recorrer la ribera diagonalmente hacia el puente; y cuando estuvieron cerca, el médico notó que el desconocido era un hombre joven, muy delgado, pálido y con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Buenos días—le dijo el inspector al llegar—. Soy Saunders, de la Policía. Usted me telefoneó a la estación hace una media hora, ¿verdad?

El otro asintió.

—¿Cómo se llama usted?

—John Melling.

—¿Dirección?

—Cannon Street, 47.

—Bien. ¿Por qué dejó usted el teléfono tan... repentinamente?

—Estaba a punto de desmayarme.

—¿Y dónde se hallaba usted hasta ese momento?

—No sabría decirse, señor. Creo que andaba paseando... por cualquier parte.

—¿Pero no recuerda nada de lo que hizo o de lo que ocurrió?

—No mucho. Me veo sentado en el camino; llega una muchacha y me pregunta qué me pasa. Trató de decirse, y luego, todas las cosas se me confunden, como si estuviera soñando.

—¿Qué más?

—Me levanto y, poco a poco, se me aclara la cabeza. Me acuerdo de telefonar a la Policía...

Se estremeció violentamente:

—¡Pero yo no quiero ver esa cara otra vez!

—Ni hace falta, Melling—respondió Saunders—. Pero, dígame: cuando usted vió la cara, ¿se volvió atrás enseguida?

—Sí.

—¿No llegó hasta la cima de la barranca?

—¡De ninguna manera! Salí corriendo a toda marcha.

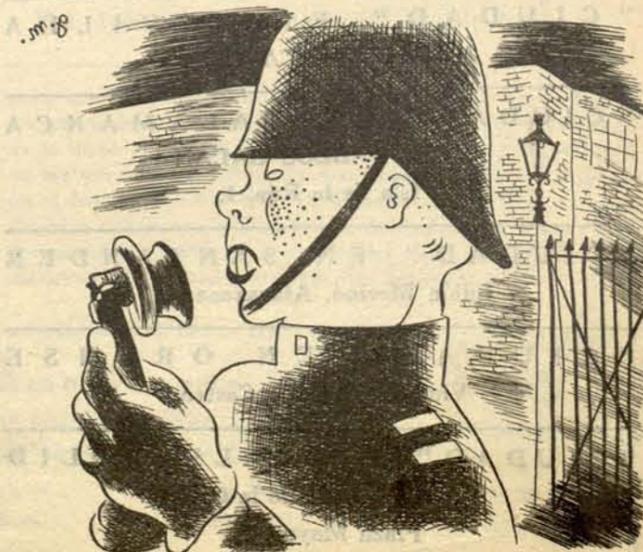
—¿Y adónde se dirigía usted por estos lugares?

—Me levanté temprano para buscar trabajo en Tipton. Leí un anuncio, y temía perderlo si llegaba tarde.

—Poca suerte ha tenido, Melling... Ya veremos lo que se puede hacer por usted más adelante. Y dígame..., ¿usted tiene buena memoria?

El joven se quedó perplejo ante aquella pregunta inesperada:

(Continúa en la página siguiente.)



—Regular—repuso, poniéndose en guardia.
 —Y entonces, ¿por qué ha hecho un nudo en su pañuelo?
 —Insistió el inspector.
 —Yo... yo...—y comenzó a buscar su pañuelo, lanzando exclamaciones de impaciencia al no encontrarlo en los distintos bolsillos. Por fin, movió la cabeza y miró a Saunders:
 —No llevo pañuelo, señor. Me he olvidado de sacar uno esta mañana...

—¿Está usted seguro, Melling?—preguntó el inspector con severidad.
 —Ya me ha visto buscándolo, señor... Por otra parte, si usted dice que tiene un nudo hecho por mí, dígame en qué bolsillo lo he puesto. Y le advierto que en mi vida he hecho un nudo en un pañuelo.

—Usted llevaba un pañuelo la noche pasada, ¿verdad?—interrogó Saunders—. ¿Qué hizo de él?

—Sí... Reconozco que tenía uno...—y mirando, desafiante, al inspector: ¿A qué vienen esas preguntas? No pretenderá usted que yo..., yo fui...

E indicó el grupo de figuras a la distancia. Saunders creyó ver un cambio en los ojos azules del muchacho.

—Ni se me ocurre semejante cosa—aseguró el inspector—. Dígame, ahora... ¿Conoce usted a la persona que yace muerta allá arriba?

Melling movió la cabeza, un poco dubitativamente, al parecer:

—No—repuso—. Creo que no... Pero no podría jurarlo, porque, como ya se lo he dicho, la cara estaba vuelta hacia atrás cuando yo la vi.

La siguiente pregunta de Saunders asombró tanto al doctor Mac Crae, que estuvo a punto de olvidarse de la advertencia preliminar que le había hecho Saunders.

—De manera, Melling, que usted no puede decirnos si ha visto a ese hombre antes... No puede asegurar, por ejemplo, si es un hombre de por aquí...

—No—repuso el joven—. No puedo decir con seguridad si he visto antes a ese hombre o no.

El médico examinaba a los dos interlocutores con asombro. Saunders no pareció sorprendido de la respuesta y no había cambio alguno en la expresión del joven. Este tomó la pregunta, extraña y todo, como una pregunta normal, y le dió, en apariencia, una respuesta también normal.

De pronto, la expresión de Melling cambió. Mac Crae se dió vuelta. Tres hombres se acercaban a ellos con lentitud. Hudson al frente; el hombre de la ambulancia, después, y, entre los dos, el cuerpo en la angarilla. El fotógrafo los seguía.

—Dije ya...—balbució Melling—que no quería ver de nuevo esa cara...

—Y no la verá, Melling—repuso Saunders—. Está cubierta.

La pequeña procesión se acercó, y ellos se apartaron para dejarla pasar. El cadáver estaba cubierto con una sábana, y sólo se veían los tobillos y el borde de la falda.

De pronto, Melling lanzó un grito.

—¡Dios mío!—gritó—. Es...

—¡Silencio!—ordenó el inspector.

La procesión se perdió de vista y, de pronto, entonces, Saunders volvió al joven, que permanecía apartado, con la boca abierta.

—¡Dígame ahora!—ordenó Saunders, mirando al joven interrogativamente.

Melling se llevó una mano temblona a la boca y murmuró:

—¡Dios mío!... ¿Qué significa esto? ¿Era una mujer!

—Mire, Saunders—dijo el doctor—. Yo no entiendo. ¿Fueron dos los asesinados? Si es así, ¿dónde está el cuerpo del hombre? ¿Y quién es el matador?

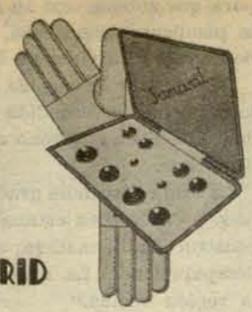
El inspector movió la cabeza, sonriendo. Hallábase en su despacho, varias horas más tarde, y el médico acababa de entrar.

CAMISERIA Y NOVEDADES

"Samaral"

C. Peñalver, 16

MADRID



—Siéntese, Mac Crae, y yo le explicaré. Pero ante todo, ¿ha descubierto algo más?

—No mucho—replicó el otro—. Estrangulación, como dije al principio. Ella murió entre las diez y las doce de la noche; el golpe que sufrió antes de la estrangulación demuestra que el asaltante no intentó matarla, sino darle un susto, posiblemente. Esa fué su teoría, Saunders, y me parece muy acertada.

—¿Se refiere usted a lo que le dije sobre el propósito del criminal de reanimar a su víctima? Habrá sido una de mis habituales rarezas...

—¿Cómo? ¿Afirma usted que su teoría es equivocada?

Saunders asintió, y antes de que el otro pudiese formularle más preguntas, le dijo:

—¿Ha descubierto usted algo más..., algún indicio?

—No... ¿Y usted?

—Pocas cosas interesantes. Se llamaba Marta Grey. Era sirvienta (¡Yo tenía razón, doctor!) y se hallaba en esta ciudad desde cinco semanas atrás solamente. No tenía amigos, con la sola excepción del criminal, quizás. Carecía de parientes, fuera de una vieja tía que vive en Shropshire. Tenía libres una o dos noches por semana, que utilizaba en cortos paseos, sola, según creen sus patronos. La noche pasada salió para no regresar.

—¿Ha descubierto usted si la joven y Melling se conocían?

—Creo que ni de vista—afirmó Saunders—. De todos modos, puedo asegurarle que Melling no mató a la muchacha, ni tuvo nada que ver con el crimen hasta después de descubrir el cuerpo.

—¡Oh!—exclamó el médico—. ¿Y cómo ha descubierto usted eso?

—Lo sabía antes de que abandonáramos el puente de Bodden esta mañana...

El doctor Mac Crae no se ahorró una frase irónica:

—No puedo seguir sus razonamientos, Saunders... Dentro de poco me va a salir diciendo que ya sabe quién mató a Marta Grey.

La respuesta le dejó helado.

—Y lo sé. Y más que eso... Ya lo tenemos.

—¡Oooh! Entonces...

Saunders le interrumpió:

—Sólo tres personas pudieron cometer ese crimen. Me di cuenta de eso pocos minutos después de nuestra llegada al lugar del hecho. Cuando Melling quedó descartado de mis cálculos, pude concentrarme en los otros dos.

—¿Y quiénes son esos otros dos, y cómo sabe usted que son sólo dos?

—¿Y si empezamos por el principio, doctor? Escuche... Mi hipótesis comenzó cuando vi la cara echada hacia atrás. ¿Usted no vió nada raro en esa cara?

—¿Raro? No. Señales de estrangulación... Los granos de arena... en fin, las manchas de colorete...

—¿Y nada más? Bueno... Debe ser porque le dije a usted de antemano que se trataba de una mujer. Pero supongamos que usted no lo hubiese sabido...

—Ya veo adónde quiere llegar, Saunders. Comprendo que, desde la posición en que nos hallábamos, no podíamos distinguir si la víctima era hombre o mujer.

—Más que eso—agregó Saunders—. Con los cabellos cortos, negros, la boca agrandada en una mueca horrible, más parecía un hombre. Teniendo en cuenta la situación de las huellas y conociendo a nuestro informante como a un hombre de baja estatura, me di cuenta de que no había visto otra cosa que la cara.

—Yo había sido informado ya por Hudson de que la víctima era una mujer. Además, yo estaba seguro de que Melling no mencionó para nada el sexo en su conversación. La cuestión era, pues, la siguiente: Si Melling no sabía que había visto una cara de mujer, ¿cómo lo sabía Hudson? Pude corroborar mi teoría hablando con Melling, antes de que él tuviese oportunidad de ver el cuerpo o de encontrarse con alguien que pudiese referirse a la víctima como a un hombre.

—Empiezo a comprender—replicó el doctor—. Pero recuerdo que usted trató de ver el pañuelo de Melling...

—Sí. Intenté eso primero—admitió Saunders—. Existía la posibilidad de que él fuese el asesino, y si hubiera tratado de reanimar a la muchacha, llevaría el pañuelo mojado.

—Sospeché usted de él cuando no encontró el pañuelo, ¿verdad?

—Sí. Pero sólo hasta que se refirió a la víctima como si se tratase de un hombre. Y ahora, doctor, ¿quiere tener la gentileza de enumerarme las otras posibilidades?... Bueno. Lo haré yo mismo. Las únicas personas que pudieron inducir a

Hudson a hablar de la víctima como de una mujer son la mujer ciclista y Hudson mismo. Recuerde las pequeñas huellas de pisadas bajo la piedra de la orilla. Hablé primero con la muchacha. Le pedí que me diera, con la fidelidad de que fuese capaz, una versión escrita de su conversación con Melling. La escribí; y escribí también lo que dijo a Hudson.

—Hudson afirmó que las palabras aquellas eran, substancialmente, las mismas que se habían cambiado entre él y la muchacha. Entonces un rayo de luz apareció. Ninguno de los dos mensajes contenía referencia alguna al sexo de la víctima.

—¿Cómo me explica usted, Hudson—le dije—el hecho de que usted me afirmara por teléfono de que había sido hallado el cuerpo de una mujer?

—Al principio pareció perplejo, porque no se daba cuenta de la situación. Cuando se recobró, trató de inventar algo, afirmando que el joven debió decir que había visto a una mujer...

—Casi enseguida, mientras interrogaba a Hudson—prosiguió el inspector—, la joven ciclista, Jennie Hall, se puso a llorar y empezó a decirle cosas a Hudson. Me di cuenta entonces, por primera vez, que se conocían, y me enteré de que, en realidad, se amaban. Gradualmente, la historia se aclaró por completo. En una palabra, parece que Hudson jugaba con las dos mujeres. La noche pasada, Marta Grey vió a Hudson paseando, en compañía de Jennie, y los siguió hasta el puente de Bodden. Allí los enfrentó, dirigiéndole a Hudson una cantidad de reproches. Parece que llegó a amenazar a la otra muchacha, en un raptó de histeria. Para evitar un escándalo y proteger a Jennie, Hudson quiso asustar a Marta, tomándola del cuello. Ella luchó y supongo que Hudson aprendió más de lo debido.

—De pronto, la muchacha cae. Tratan de levantarla y se atemorizan al no conseguirlo. Todo esto ocurre en el puente, lo que explica la ausencia de huellas en el césped, en el lugar donde hallamos el cuerpo. Más tarde, para evitar que algún transeúnte los vea, Hudson lleva el cuerpo a lo largo de la ribera. Tratan de reanimarla nuevamente, y Jennie baja hasta el agua, moja su pañuelo y vuelve para empapar el rostro de Marta. Esto explica la huella debajo de la piedra, que Hudson quiso disimular mientras esperaba nuestra llegada. Por fin descubren que la muchacha ha muerto y deciden llevarla hasta la cumbre, en la esperanza de que, como nadie ha visto a Marta con ellos, podrían hallarse a cubierto de toda sospecha.

El médico reflexionó un instante:

—¿Y por qué representó la muchacha esa farsa de revelar el crimen al joven y de informar al mismo Hudson, como si no supiese nada? ¿Por qué no se alejó del lugar sin decir a nadie una palabra?

—La interrogué sobre el punto—claró Saunders—y ella me explicó que había resuelto proceder como si no supiera una palabra del asunto. Creyó que eso era lo más seguro. Deteniendo la bicicleta y hablando con el joven, ofrecía la impresión de un transeúnte casual y, por supuesto, ajeno a lo sucedido. Hudson, por su parte, tomó la iniciativa de comunicarme el crimen, por razones parecidas, y al mismo tiempo para aprovechar la oportunidad de acercarse al lugar del hecho antes que nadie y proceder a borrar las huellas que hubiesen podido quedar.

—Supongamos que tuviesen razón en teoría—observó el doctor—. Pero el procedimiento, en la práctica, se ha demostrado poco eficaz.

Saunders se recostó en su asiento:

—En este caso—dijo—ha sido una suerte que el criminal confesara la verdad antes de tiempo. De otro modo, acaso no hubiéramos imaginado jamás que él tenía algo que ver en el asunto. Nadie conocía su vinculación con la víctima. Bien, doctor... Nuestro caso ha concluido. Y ahora, una buena noticia: ya he encontrado una colocación para Melling.

Corresponsales administrativos de "Ciudad" en provincias

"CIUDAD" EN VALENCIA
 G. Molina Gómez. Ballesteros, 4.

"CIUDAD" EN EL FERROL
 ANTONIO HERMIDA
 Quiosco frente al INSTITUTO.

"CIUDAD" EN SEVILLA
 JOSE MANTECA ORTIZ

"CIUDAD" EN SALAMANCA
 JOSE PABLOS GALAN
 Isla de la Rúa, 1.

"CIUDAD" EN SANTANDER
 Julián Merino. Atarazanas, 7.

"CIUDAD" EN ORENSE
 Viuda de Lisardo Castro.

"CIUDAD" EN VALLADOLID
 Juana Torres de la Cal.
 Plaza Mayor, 11.

Corresponsales administrativos de "Ciudad" en provincias

"CIUDAD" EN BILBAO
 Teresa Irala de Simón.
 Plaza Nueva, 1.

"CIUDAD" EN SAN SEBASTIAN
 LIBRERIA BARBA
 Vergara, 9.

"CIUDAD" EN BARCELONA
 Unión Distribuidora de Ediciones.
 Calle de la Unión, 19.

"CIUDAD" EN MURCIA
 José Rodríguez Sánchez.
 Torre de Romo, 4.

"CIUDAD" EN CADIZ
 Matilde Calzada.
 Duque de Tetuán, 9.

"CIUDAD" EN PALMA DE MALLORCA
 Margarita Cifre.
 ANTIQUO QUIOSCO LIROLA

FRUTAS ARGENTINAS

PERAS DE AGUA, MELOCOTONES Y CÍRUELAS — ESPARRAGOS DE ARANJUEZ

M U Ñ O Z

BARQUILLO, 20 TELÉFONO 10506

Sacha Guitry explica cómo emplea un día de su existencia

El famoso intérprete aspira a que nadie le quite ni un minuto de vida a la hora de la muerte

Es interesante saber cómo viven, de la mañana a la noche, y a menudo de la noche a la mañana, ciertos hombres y ciertas mujeres que por su profesión, su talento y notoriedad atraen y monopolizan constantemente la atención del gran público.

Hay en el hotelito de Sacha Guitry los objetos más preciosos, los cuadros más raros, las alfombras más mullidas y los sillones más confidenciales que podáis imaginar.

¿Quién no envidiaría a Sacha el poseer esta impresionante bata de tisú de oro, bordada en azul, que Gustavo Flaubert llevó los últimos años de su vida?

¿Y este saco de cuero rojo, ligeramente deslucido, que Bonaparte llevaba en su berlina de campaña?

¿Y estas veinticuatro cartas autógrafas de Enrique IV?

¿Y este manuscrito de «Poil de Carotte», escrito por la propia mano de Jules Renard?

Es muy difícil someter a Sacha a un interrogatorio.

El responde a su manera, es decir, habla de todo menos de lo que se le pregunta.

Si le preguntáis a qué hora se levanta, os hablará sin vacilar de Voltaire. Las preguntas que se le hacen le sirven de pretexto para perseguir en voz alta las sugerencias de un espíritu.

—Me levantó entre nueve y media y diez y media.

—¿Nunca a una hora fija?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nunca me acostó a una hora fija.

—¿De qué depende la hora?

—Del libro que leo... Cuanto más me apasiona el libro que leo, menos duermo.

—¿A qué hora se pone usted a trabajar?

—Con el último bocado de mi desayuno entro en mi despacho.

—¿Y la comida se prolonga mucho?

—A veces sí, porque yo padezco de un terrible mal hereditario. Me levanto constantemente de la mesa para buscar libros en mi biblioteca.

—¿Libros?

—Sí; para apoyar las cosas que digo. Mi abuelo tenía la misma manía. El llevaba atlas y diccionarios, y al final de sus comidas no había encima de la mesa más que libros.

—¿Cuáles son sus horas de placer?

—Las de los grandes encuentros. Así, esta semana he pasado hora y media de conversación con M. Bergson. Su conversación me produjo la sensación de una luz constante que se hiciera más luminosa por momentos. Es una obsesión que tengo; me parece ver luz alrededor de ciertas frentes.

—¿Le gusta a usted la música?

—Respondo como Mozart: La amo. La música es la lengua universal. Cuando Risler tocaba sentía la impresión de que me confiaba un secreto. Un día, después de la ejecución de la «Appassionata», de Beethoven, me incliné a su oído y le dije: «No lo diré nunca, se lo prometo».

—¿...?

—Tengo dos clases de días: los normales y los otros. Tres horas de trabajo por la mañana, de dos a seis ensayo, a las siete ceno y después teatro hasta media noche. Nada me parece más natural que trabajar. No recuerdo nunca haberme sentado en un sillón para no hacer nada.

—¿Y los otros?

—Cuando recibo por las mañanas a ocho o diez personas distintas y cada una por una razón diferente. Mi mayor placer, la compañía de un amigo íntimo, que no tengo nada que decirme y se convierte en espectador de todo. Amo la vida. Quisiera morir de viejo. Que nadie me quite un solo minuto de vida a la hora de mi muerte.

LA DIOSA KALI

En el Asia, en el golfo de Bengala, donde desemboca el Ganges, se encuentra Caligath, que es el templo de mayor importancia en la India, dedicado a la diosa Kali. Esta es la diosa de la destrucción y de la fecundidad. Esposa de Visnú, cuenta la mitología indostánica que en una lucha entre genios y gigantes vió flaquear a su marido, por lo cual se lanzó en la pelea y venció a sus enemigos. Sobre el cuerpo de su esposo, que imploraba perdón, bailó frenéticamente de alegría, haciendo temblar la Tierra. Kali tiene cuatro brazos. Está representada con un pie sobre el pecho de Visnú. En una mano enarbolaba el cuchillo con que mató al gigante, y en la otra sostiene la cabeza del vencido. Esta diosa de rostro negro, de ojos feroces, es, en una palabra, inclemente. Los adoradores de esta divinidad son los únicos indostánicos que comen carne. Es carne de cabrito la que se sacrifica en el templo, y el animal debe tener más de tres años, ha de ser sano, carecer de todo defecto. Los cabritos que se sacrifican a la diosa Kali han substituído a las víctimas humanas, cuyo sacrificio fué prohibido por las autoridades británicas. Hasta hace pocos años, las víctimas que se sacrificaban a Kali eran niñas entre cinco meses y doce años. En las afueras del templo hay un gran cobertizo donde los fieles compran los cabritos que quieren sacrificar. Conducido el animal hasta el sacerdote de Kali, la víctima propiciatoria se purifica en las aguas del Ganges. El ayudante del sacrificador toma el cabrito por

FIESTA DE ESPAÑA



Victoriano de la Serna toma una cornada en los aledaños de Madrid

Por FEDERICO MORENA



El sábado se celebró en la plaza de los Carabancheles un *mano a mano* entre Vicente Barrera y Victoriano de la Serna. Una corrida gris, que a estas horas estaría perfectamente olvidada, a no ser por la cogida, por la grave cogida, de Victoriano de la Serna.

Esto merece un comentario. No comprendo, fran-

el sábado, con una corrida de toros hecha y derecha me parece sencillamente absurdo.

Victoriano de la Serna puso decidido empeño en triunfar en Carabanchel y en triunfar con el toro. Y este empeño le ha costado una cornada.

Urge la rectificación. La cornada, que, milagrosamente, no fué mortal, curará pronto. Y en cuanto Victoriano de la Serna se haya repuesto, debe presentarse en Madrid. Trazado tiene el camino. Si no lo sigue, su paso por el toreo será rápido, como un meteoro. Y Victoriano de la Serna es, o debe ser, en el cielo taurino, estrella de primera magnitud.

La corrida goyesca

Fué organizada para conmemorar el cuarto aniversario de la proclamación de la República. El escenario, magnífico. Costosos tapices, reposteros, flores, guirnalda de laurel, bellas mujeres en clásicas calesas, caballeros rejoneadores, pajes, criados... En el palco principal, el Presidente de la República. Himno de Riego. Emoción popular...

Una fiesta al estilo de las grandes corridas históricas del siglo XVIII. Una fiesta evocadora de los tiempos de la realeza. Los reyes se interesaron siempre por la fiesta españolísima. Carlos V lidió toros en Valladolid, con motivo del nacimiento de Felipe II, el austero monarca que desoyó las peticiones que el reino, junto en las Cortes, le dirigiera en solicitud de que fueran abolidas las corridas de toros. A Fernando VII no hubo manolo que le aventajara en competencia taurina. El mismo Amadeo gustaba extraordinariamente de arrojar la llave del toril...

Pero no se trataba ciertamente de una exaltación de la realeza. En el ruedo, diametralmente, campeaba esta inscripción: «¡Viva la República!» Evocábamos la realeza por puro accidente, como puro accidente fué, sin duda, la adquisición de la corrida portuguesa. Todo el mundo sabe que, aunque los toros se lidiaban a nombre del duque de Braganza, pertenecían a la casa real portuguesa.

Por lo demás, la corrida no constituyó un éxito artístico. Desde luego, nuestro rejoneador Antonio Cañero triunfó plenamente sobre el portugués Mascarenhas.

Los toros, poderosos, pero de mal estilo. Chicuelo no pudo destapar el «tarro de las esencias». Se limitó a bordar un magnífico quite por chicuelinas. Cagancho estuvo a dos dedos del triunfo apoteósico, pero le faltaron los dos dedos. En cuanto a Lorenzo Garza, que refrendaba la alternativa, supo dar emoción a sus faenas y disputó al gitano, en buena lid, los aplausos del público.

Esto fué todo. Y no merece ni una línea más.



MANTILLAS

VESTIDOS

SEDAS

Eleuterio

FUENCARRAL, 14

camente, cómo un torero de tan excelentes cualidades como Victoriano de la Serna puede oponer tan firme resistencia a su presentación en la plaza de Madrid, que, como suele decirse con frase gráfica, es la que da y quita. Pocos toreros se han presentado a la afición madrileña tan hechos, artísticamente, como Victoriano de la Serna. ¿Qué le contiene? ¿Por qué levanta sus tiendas en los aledaños de Madrid sin decidirse a pasar el Rubicón?

Inexplicable. Hombre comprensivo, me explicaría que el gran torero fuera a los Carabancheles en busca de un triunfo fácil en las puertas mismas de Madrid. Pero encerrarse en Vista Alegre, como lo hizo

las cuatro patas y coloca el cuello del animal en una horquilla de madera vercosa. Cuando el sacrificio ha sido consumado, los fieles recogen cuidadosamente el tronco y la cabeza inanimada del cabrito, mientras los perros lamen las losas, agotando la sangre derramada. Otro animal sufre la misma suerte. Los sacrificadores se relevan entre ruidos misteriosos y estridentes, que crean una atmósfera de locura.

Hay quien dice que aquellos ruidos, eternamente cultivados

para que no cesen ni un instante, acallan con su intensidad los gritos de alguna víctima humana que, junto al santuario de la diosa negra, se inmola quizá, a pesar de la prohibición de las autoridades británicas. Las pobres niñas, que abundan en el templo, hacen pensar, de todos modos, en la posibilidad de estos crímenes rituales. Y más de una vez se observa, que del santuario misterioso surgen los perros vampiros relamiéndose los hocicos manchados de sangre.



Lubrificantes Americanos "KLIFF-LAND"

ACEITE PURO MINERAL 100 POR 100 SUPER-REFINADO PARA AUTOMOVILES Y TODA CLASE DE MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL

Exclusiva Región Centro: FERNANDO GUTIERREZ
Paseo de Santa María de la Cabeza, 1 - MADRID - Teléfono 71670

LAS LETRAS Y SU MUNDO

Un diario no absolutamente íntimo

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

No tratemos de hacer averiguaciones inoportunas. Nuestra curiosidad—y la tuya, lector—debe quedar prendida a la interrogante: ¿quién es Esther?... En cambio, su mentor puede salir—como sale—con toda libertad a la luz. Se trata de un escritor sobradamente conocido: Benjamín Jarnés. Con mano hábil, habilísima, tras la representación—mimetismo del gusto inglés—de la cubierta, nos va dando este «retrato», que «vino elaborándose a pinceladas sueltas, sin gran pretensión de componer un cuadro...» Así que ya se sabe, puesto que se previene que, «por miedo a cualquier profanación, quedan sin abrir muchas ventanas» y que «quizá puedan abrirse—aunque no todas—algún día».

Hoy por hoy, esas ventanas: «¡a piedra y lodo!» Lo que perdáis de intimidad lo vais a ganar de sugerencias literarias, intelectuales; de fino, finísimo—acaso excesivamente fino—intelectualismo literario.

Esther tiene un amigo—profesor inútil—dispuesto a escribir muy bellos capítulos sobre su persona, acerca de su vida y de la vida de sus sensaciones; ¿qué más puede pedir Esther! Pero el amigo, pese a la intimidad, íntima amistad, que con Esther le une, tiene, a su vez, carácter de educador y, en cuanto a él, debe ser discreto, sumamente discreto y ponderado. Por eso nos quedamos, os quedáis—o te quedas, lector—sin saber tal vez lo mejor, o, tal vez, lo más malo de la joven, de la muchacha en flor que conoce el hombre a un tiempo—a un tiempo, sí—sentimental y escéptico.

De la madeja buena se saca el buen hilo. En cuanto a la creación literaria, se puede decir que de un hilo de autobiografía puede lograrse una buena madeja de sucesos en los cuales la imaginación juegue un papel muy principal. La imaginación bien pudiera servir aquí para dar a personaje ajeno las propias aficiones, los gustos propios y las lecturas predilectas de uno mismo. Claro que hay otro camino, el pedagógico: ejercer la pedagogía—o una especie de pedagogía—, que coloca cerca de Dios, puesto que permite crear seres a nuestra imagen y semejanza, o a imagen y semejanza de esos pedagogos, mejor dicho.

Leyendo este libro, el flamante *Libro de Esther*, nos entran verdaderas ganas de gritarle a Jarnés a pleno pulmón: «¡Que lea esa chica más a Balzac; que se adentre en nuestro Galdós!» O en otros instantes: «¡Quítele de la cabeza que Espronceda y el Tenorio son insoportables!» Y aun en distintas ocasiones: «¡Puesto que esa muchacha tendrá, si no hoy, algún día que preparar su canastilla de novia, de un par de escenas de Lawrence, en lugar de las coliflores de Max Aub, que no estaría de más!... Pero



CASA SAMARAL

APUNTE DEL NATURAL POR ARTECHE

De un tiempo a esta parte se nota entre los comerciantes de Madrid una verdadera emulación por hacer de sus locales una exposición del buen gusto y de lo «chic». A la Casa SAMARAL le corresponde en este sentido un puesto de vanguardia entre sus similares, no solamente por la calidad de los artículos que vende cuanto por la presentación de los mismos. El lápiz de Arteché ha sorprendido una escena del lujoso local de la Avenida del Conde de Peñalver, número 16, en donde todos los artículos están exhibidos en la forma más artística posible. Bien es cierto que la índole misma de la mercadería en que se ha especializado la Casa SAMARAL facilita esta tarea de hacer de los escaparates un regalo para los ojos. En efecto, la totalidad de los artículos para hombre y señora son de procedencia extranjera. Hace apenas unos días, el propietario de la Casa SAMARAL acaba de regresar de uno de sus frecuentes viajes a Londres, París, Viena, etc., adonde acude para renovar sus existencias.

Y es así cómo la Casa SAMARAL cuenta entre su clientela al público de gustos más refinados de Madrid. A cualquier hora que se la visite ha de encontrarse siempre el local concurrido por personas que tienen el placer y el hábito de vestir elegantemente. Confesemos que no hay en este placer un afán baladí, sino que se trata de una prueba de refinamiento innata en todo hombre civilizado.

cada maestrillo tiene su librillo; y nosotros, ni siquiera eso, que nunca maestros ni maestrillos hemos sido.

En cambio, Benjamín Jarnés—no estamos acostumbrados a que nos duelan prendas—despierta en Esther un laudable afán por muy nobles mundos de la literatura y el pensamiento. Y si nosotros señalamos algunas ventanas por abrir—que no son, ciertamente, las aludidas en el prólogo—, tampoco es que aspiremos a que sea la muchacha una enciclopedia abreviada.

Respecto al miedo que el autor tiene a la profanación, no nos queda sino respetarlo y escribir al margen nuestra anotación: «Un diario no absolutamente íntimo.»

En *El profesor inútil* la intimidad salía más a flor de libro, la intimidad, que, en este tipo de obras, es siempre el conjunto de las verdaderas esencias que pudiéramos llamar vitales—o más directamente vitales, si se nos permite—del trabajo. Hay otro lado, además del de las aficiones estéticas y literarias, en el personaje—sobre todo, si éste es un personaje femenino en la edad de su juventud—de sumo interés, de tan extraordinario interés, el cual sirve para revelarnos más concretamente, y en él puede reducirse a sobriedad el lujo de la presentación.

Pero, habremos de repetirlo, nuestro respeto está identificado, en esta ocasión y por tratarse del escritor, con el de Jarnés. La bella anécdota, el exquisito

relato, el nombre no disonante en la cita, nos muestran un aspecto de la escena, y con él nos hemos de contentar.

¿Será necesario decir que el estilo de Benjamín Jarnés aparece perfecto—estilo de extraordinario estilista—en las páginas de *El libro de Esther*?

CENTENARIOS

El de Guillermo Humboldt

Se ha celebrado en Madrid una fiesta en memoria del barón Guillermo Humboldt, precisamente en la fecha—día 8—en que se cumplía su centenario. El acto conmemorativo tuvo lugar en el local de la Unión Ibero-Americana, y la iniciativa partió de la Agrupación de la Cultura Vasca. Tomaron parte en el homenaje, junto al representante de la Embajada de Alemania, don Antonio García del Real, D. Antonio Odriozola, D. José Luis de Lombana, el marqués de Dos Fuentes y Fernando de la Quadra Salcedo.

Disertaron estos cuatro últimos sobre los siguientes temas: «Guillermo de Humboldt a través de los eruditos vascos y poetas». El Sr. Lombana habló de «Los buenos vascos vistos por quien, además de fundador de la filología comparada, fué el hombre más cultivado de su tiempo». El marqués de Dos Fuentes trató de «Humboldt y los primitivos habitantes de España», y Fernando de la Quadra Salcedo hizo una brillantísima intervención acerca de «Humboldt y sus relaciones con la nobleza del país vasco».

Para terminar, hizo el resumen del acto, con gran acierto, el Dr. García del Real.

REVISTAS

«Cruz y raya»

La «revista de afirmación y negación», que dirige José Bergamín, ofrece los siguientes trabajos en el número XXII, que acaba de publicarse:

Ensayos: «Visión de Ezequiel», por el padre R. de Pinedo, y que es un interesantísimo artículo acerca de la pintura de un ábside del siglo VI de la necrópolis de Baouit, Egipto. «Derrotero de la novela», por Miguel Pérez Ferrero.

Antología: «Imperio y milicia», selección y notas de José María Cossío.

Criba: a cargo de José Antonio Maraval, José A. Muñoz Rojas y Vicente Salas.

Viu, que escribe una nota interesantísima: «El periodismo al servicio del público, y la libertad de Prensa al margen de la Historia.»

Y en las hojas finales, un ensayo de «Arte bélico», «La supremacía en el aire», por Carlos Martínez de Campos.

CASA FELIX



ESPECIALIDAD EN COCIDOS
COCINA CASERA
PRECIOS ECONOMICOS
SE SIRVEN ENCARGOS

SAN ROQUE, 4

Teléfono 21577



¿Quiere usted restaurar su coche, su motocicleta, su bicicleta, o bien sus muebles de bronce? Pruebe solamente una vez y quedará convencido de lo que es el baño de cromo: deja toda clase de metales mejor que nuevos

**TALLER DE CROMADO Y NIQUELADO
LAMBAS Y BARRERO**

Barbieri, 5 - MADRID - Teléfono 25386

MOTIVOS DE LA CIUDAD

MAESE POR BUSCON

Un precursor

HE aquí un «Motivo de la Ciudad» ocurrido hace veinte años y que me llega de viva voz, mediante la gracia viva de D. Antonio Asenjo, que es la historia viva del madrileñismo. ¡Y que viva!

Estos días relató la Prensa que en un pueblo de extranjería un caballero ha conseguido mantenerse en el aire con una especie de alas ortopédicas. D. Antonio jura por sus sainetes, que allá por el año 17 andaba por los cafés heroicos de la bohemia un tal Bermichón, que era un tío muy largo, muy flemático y «tocado» de la manía inventora. Un día llegó a la «peña» habitual y dijo:

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Ya está resuelto el problema de que el hombre vuele sin motor y casi sin máquina.

—Bueno, pues a verlo. Aquí con camelancias, no...

—El caso es que me hace falta un auxiliar que se meta en el aparato y que haga el experimento. Yo no estoy ya lo suficientemente ágil para esos trotes...

—¡Ah, vamos!...

DEL corro de los escamones surgió la voz del héroe desconocido:

—Si la cosa es en serio, yo me ofrezco...

Cargaron con el artilugio y se fueron a un pueblo vecino, donde había un terraplén propio para el despegue. El inventor desfundó un oxidado biciclo provisto de dos alas como medios paraguas. El héroe cabalgó en el sillín, al borde del modesto abismo. El precursor extendió la mano como un Colón de estatua y, señalando con el índice el remoto horizonte, ordenó con voz potente:

—¡A Valencia!—Y dió el empujón. Efectivamente, después de aletear como un murciélago desesperado por toda la rampa, el aparato dió con su jinete en el fondo del terraplén. Corren todos a auxiliarle. El héroe se queja con palabras muchísimo menos retóricas que sus colegas de «La Iliada». El inventor, desentendido de la pequeña anécdota del trastazo, examina los restos del biciclo y concluye, con aire de gran suficiencia:

—¿Sabéis lo que ocurre? Que le faltó «columna de aire». El héroe saca de entre sus moldas entrañas una exclamación:

—¡Lo que le falta a usted es vergüenza, so «chiflao»!—; pero el genio no puede dar oídos a bajas especies y continúa:

—Mira, el domingo que viene solitaré licencia del arzobispo y tendrás el honor de probar de nuevo el aparato desde San Francisco el Grande. Desde la cornisa podrás tirarte con toda tranquilidad. Allí habrá «columna de aire».

—Pues que se tire su señor padre...

¡TRISTE destino el de los genios incomprendidos! Ahora, a los veinte años de distancia, Bermichón se consagra, «post mortem», como un genio de calidad, ya que es posible volar dos horas con un biciclo viejo y dos mitades de paraguas. Otro invento que nos roba el mundo. Y todo porque un escéptico no quiso tirarse desde la cornisa de San Francisco. Esto me trae a mientes otro invento de un amigo

mío que descubrió la forma de anular la ley de la gravedad, pero que no puede ensayar su aparato por falta de experimentadores voluntarios. Se trata de arrojar desde la Telefónica. Ahí queda la iniciativa en espera del héroe. Yo cumplo con mi deber dándole a publicidad. No vaya a ser que Europa nos robe otro invento genial.

Una queja en busca de un alcalde

A QUI, al lado mismo de esta casa donde trabajamos, hay otras casas donde otras personas trabajan. Y en frente a donde nosotros trabajamos hay otras personas que están frente a nosotros y que también trabajan en otras casas. Somos en esta gran arteria de Madrid, en este codo de aorta que en la actividad de Madrid es la plaza del Callao, una excepción laboriosa en la desleída vagancia de la Villa, puesto que en este barrio no hay Ministerios ni dependencias oficiales. Casas de películas, agencias de periódicos, oficinas de negociantes, lugares de tra-

testable embudo el empresario del establecimiento aludido; respetamos los derechos del amor y los de la empresa. Pero a nosotros, ¿quién nos respeta? ¿Quién respeta nuestro trabajo?

Señor Alcalde: Desde estos «Motivos» hemos señalado a usted muchas cosas defectuosas de Madrid, que pueden ser fácilmente corregidas. Esta de hoy es una de ellas. Si se empeña usted en seguir sin hacernos caso, nos obligará a que acudamos con nuestras quejas a D. Pedro Rico. ¡Y a ver después qué pasa!

El 14 de abril y las banderas

SEÑORES: Da vergüenza, patriótica vergüenza, pasear por las calles el día 14 de Abril y ver con qué escaso entusiasmo los vecinos de la capital se asocian a las fiestas de la República. En cualquiera de los países que Maese Buscón conoce, en una fecha de esta significación, florece en cada ventana una bandera, un simple gallardete o un flaco repostero improvisado con una cortina o con una colcha. En Madrid apenas se embanderan los edificios oficiales. Y decimos apenas, porque el Banco de España estaba hasta la víspera sin ninguna alegría en su grave fachada neoclásica. Respetuosa y ejemplar excepción la constituyen las empresas extranjeras radicadas en Madrid, pues todas ellas rinden este barato y fácil homenaje a la República que la mayor parte de sus ciudadanos le niega. La presencia de las escasísimas banderas señala aún más a lo vivo la omisión de las casi todas que faltan. Y la omisión más unánime e intolerable, la del comercio y salas de espectáculos, que con misteriosa y escandalosa coincidencia boicotean de esa forma al nuevo Estado.

La culpa de esto es de las autoridades. No lo decimos llevados por la rutina española de echar el fardo de todo cuanto acontece de malo a las autoridades. Lo decimos, porque en otros países el embanderamiento de los comercios es obligatorio por ley. Y así debiera ser en España para que esos ciudadanos, «patriotas», cuando la patria es como a ellos le conviene, aprendiesen a hacer por obligación lo que debieron hacer por emoción o por respeto. La bandera republicana es, quiérase o no, la única bandera de la única patria de que disponemos. No es el símbolo de una política, sino la enseña de la nación, frente a la cual no hay opción posible ni tolerable, cualesquiera que sean las ideas políticas que se le opongan. Y para algunos es mucho más. Es el símbolo de una esperanza limpia, que ha venido a sustituir a otro símbolo que lo era de desastres, de traiciones y de claudicaciones. Antes quería decir patriotismo interesado; ahora quiere decir esperanzado patriotismo. El Gobierno de la República debió haberlo entendido así al organizar estos pálidos festejos de conmemoración, para que, al menos entre su palidez, las casas de Madrid se encendiesen con el garbo y la incontaminada juventud de la bandera republicana, que es la bandera de todos los españoles. La patria debe ser, a los efectos de estas exteriorizaciones, para los españoles, una cosa tan atendible como el Sagrado Corazón de Jesús. Es lo menos que se puede pedir.

“OR-KOMPON”

RESTAURANT VASCO

y

BAR AMERICANO

Miguel Moya, 4 Teléfono 18649

(Frente al Palacio de la Prensa)

bajo reconcentrado y sostenido que requiere ciertas condiciones de ambiente para no terminar la jornada con los sesos trocados en papilla de sémola.

Nada podemos contra los ruidos superfluos y evitables en todo el mundo menos en Madrid, donde, por lo visto, son indispensables e inevitables. Nada podemos contra esas horribonas trompetas de Jericó que ahora llevan embocadas en los pulmones del motor los automóviles y cuyo uso no se consiente en ningún país civilizado, fuera de las carreteras; nada podemos tampoco contra el chirrido de las ruedas del tranvía en las curvas desengrasadas... Nada podemos contra nada. Y ahora, para colmo, entre el apretujón urbano de estos edificios, que la gente ocupa casi de modo exclusivo para trabajar, se le ha ocurrido al dueño de un cine de actualidades instalar un altavoz que se pasa toda la tarde gargajeando cariocas, rumbas y pasodobles, con harta desesperación de los tenedores de libros, que no pueden llevar a final la más humilde suma, y el nudo europeo de Madrid adquiere un sonido de rifa verbenera que nos inferioriza a los ojos del mundo... Para mayor calamidad, el aparato sólo cuenta con media docena de discos, que repite hasta el colapso, y de ello se infiere que no está instalado para deleitar al viandante con músicas más o menos tolerables, sino con el fin de que las parejas se enteren de que allí hay un local, con «derecho de admisión reservado», donde se puede pasar la tarde en obscuro y propicio amartelamiento.

RESPECTAMOS esta musical invitación a la práctica táctil del amor que hace por medio del de-

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO:

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

“LA VIOLETA”

BOMBONES - CAMELOS
ESPECIALIDADES EN CONFITERIA
OBJETOS DE FANTASIA PARA REGALO

Plaza de Canalejas, 6
Teléfono 25522

Fuencarral, 17
Teléfono 23753

Ya están igualados a puntos los dos rivales. Aunque el Betis, por veleidades del *goal average* particular, ocupe el primer puesto en la clasificación. Dos partidos quedan sólo para la terminación de este interesante «codo a codo», y la incógnita continúa aún sin despejar. Más llano el camino que le resta por andar a los madridistas que los obstáculos que todavía les queda por vencer a los blanquiverdes. Para aquéllos, sólo el escollo—relativamente fácil de librar—de Las Corts puede trincar su marcha triunfal, mientras que para los impetuosos hombres del Patronato de dos partidos de gran importancia tienen que salir sin mácula: el del Sevilla y el que han de sostener en el Sardinero. Los dos, de verdadero compromiso. Quiere esto decir que las huestes de Chamartín, al fin, después de muchos altibajos, se han colocado en magníficas condiciones para entonar el alirón de la victoria.

El partido del domingo, contra el Valencia, terminó con el triunfo de los locales. Repetimos una vez más que lo celebramos, por lo que afecta a la región centro. Sin embargo, el éxito necesario para poder respirar tranquilos no se alcanzó, como parece indicar el marcador—tres-cero—, con facilidad y en demostración de la neta superioridad numérica que se desprende del resultado final. El Madrid pasó ratos muy comprometidos, muy difíciles, porque los valencianistas, dispuestos a vender cara su derrota, saltaron al campo decididos a imponerse desde los primeros momentos. El encuentro tuvo fases de enorme emoción, ya que la pérdida, o siquiera el empate, representaba para los morados de Chamartín casi la renuncia al título. Pudo suceder esto. No basta la clase indiscutible de los campeones, cuando a ella no acompaña la suficiente tranquilidad para saber imponerla. Y al Madrid le faltó el control del sistema nervioso. Bien es verdad que en ello influyó sobremanera el modo de actuar de Alberty, meta desconcertante en sus absurdas salidas, y que es capaz de poner los pelos de punta a un calvo. Por otra parte, la baja forma actual de Sañudo, unida a la enfermedad de Pedro Regueiro, que impidió su alineación, y la ausencia de Hilario, hizo que el conjunto se resintiese de la homogeneidad necesaria y que era preciso para tranquilizar la pasión localista. Al fin, ¡loado sea Dios!, las aguas volvieron a su cauce, y como el resultado fué el que fué, a estas horas nadie se acuerda de lo sucedido y... ¡aún hay patria, Veremundo!

No pudieron ganar los béticos en San Mamés. Pero tampoco perdieron. Y esto es también un buen respiro y otra esperanza fallida para los deseos madridistas. El Athletic de Bilbao, en contra de lo que suponían los *pillines*, se empleó en su rectángulo como corresponde a su brillante historial deportivo. Con el mismo deseo triunfador de siempre, sin acordarse para nada de terceras personas. Si no ganó, fué, sencillamente, porque el trío defensivo contrario tuvo una de sus magníficas actuaciones, tan repetidas a lo largo del torneo. Dominaron los vascos—los vascos de San Mamés—, pero la puerta enemiga, cerrada a piedra y lodo por la seguridad de sus guardianes, impidió que este dominio se tradujese en tantos. El partido terminó con el empate a cero, justa demostración de cuanto decimos.

En Buenavista, el Oviedo venció, con apuros y dificultades, a los atléticos madrileños. Un encuentro emocionante, en que los rojiblancos demostraron su buena forma. No es para nadie un secreto la forma de los oveten-

ses, como se vió en aquel memorable partido de Chamartín; el salir, pues, del rectángulo asturiano con sólo un goal en contra es patente demostración de la excelente actuación del «once» de Petland. Los «carifiosos» amigos esperaban una *debacle* del Athletic, que, afortunadamente, no se produjo. Un dos-uno honoroso fué el resultado de la contienda, en la que ambos equipos pusieron idénticos afanes de vencer. Para los ovetenses el problema era mucho más sencillo. El paisanaje, la casa propia y el propicio ambiente constituían factores principalísimos a favor del logro de sus lógicos afanes. Y vencieron.

Sin novedad en Sevilla. En el Nervión, los titulares andaluces se deshicieron fácil y holgadamente de los pobres areneros, dispuestos a morir, como la Asamblea—¡que todo se andará!—no lo remedie.

La misma triste suerte les cupo a los donostiaras, derrotados, por un tanteo hartamente elocuente—cuatro-uno—, por las desiguales fuerzas del Español.

Las Arenas y San Sebastián tendrán que esperar la gracia del indulto para aspirar a la continuación en la categoría de los *primerísimos*.

El Racing santanderino, que tan buen sabor dejó hace ocho días en Chamartín, pierde en su campo, vencido por el gran juego del Barcelona. Aviso al Madrid. Tres tantos marcaron los azulgrana, por dos los enemigos. Los de Las Corts practicaron una extraordinaria labor, que se impuso desde los primeros momentos.

Lo que comunicamos a la gente de Chamartín, para que no se duerman el próximo domingo. Confiemos, sin embargo, en el hada madrina, que no abandona a los buenos. Y los buenos son los del Madrid. ¡No faltaba más!

Complicaciones en la segunda división. El Hércules es derrotado en Sabadell y desciende al segundo lugar, para dejar la vacante del primer puesto al Osasuna, que vence ampliamente al Valladolid; y como el Celta pierde con el Murcia, todavía les queda a los levantinos la esperanza de clasificarse. Total, un lío.

BALON INTERNACIONL

No perdamos de vista a Portugal

Con inusitada animación ha dado comienzo en Lisboa la venta de localidades para el encuentro internacional Portugal-España, que se disputará en el rectángulo de Lumiar.

Esto quiere decir que la expectación en la vecina República es tan grande como el deseo de ver triunfar a los paisanos. No nos extraña, y alabamos el afán.

Portugal, en sus luchas futbolísticas con nuestra nación, ha llevado siempre las de perder, y algunas veces—aquella de Sevilla, por ejemplo—, el catastrófico resultado no dejó lugar a dudas.

No han podido con nosotros hasta ahora. Ciertamente, en ocasiones, el triunfo se alcanzó por los pelos, pero no es menos verdad que España, de una forma o de otra, demostró siempre, a lo largo de sus *entrevistas* con Portugal, la supremacía indiscutible.

¡Pero no le perdamos de vista! En nada, y menos en fútbol, hay enemigo pequeño, y no olvidemos que los lusitanos tienen clavadas muchas espinas y ahora se les presenta ocasión de intentar sacárselas todas de una vez. Dudamos que lo consigan, pero...

Por lo pronto, ya tienen designada su selección. Concienciadamente y con método, están preparándola para el día decisivo. Nosotros, ¡bendita imprevisión española!, la hora es—asi, por lo menos, lo afirma quien puede decirlo—que aún no tenemos ni el equipo formado. Lumiar es un terreno de una dureza extraordinaria, donde nuestros representantes han de extrañar la diferencia con los campos hispanos. ¿Se ha tenido esto en cuenta? Porque no vayamos fiados en que lo de la resiembra de hierba es en serio. Lumiar, esa tarde, estará más pelado que Rafael el Gallo. Lo aseguramos desde este momento.

¡No perdamos de vista a Portugal!, repetimos. En su guarida nos esperan los hombres de la *brincadeira* dispuestos a *machacarnos*.

Que lo sepan todos.

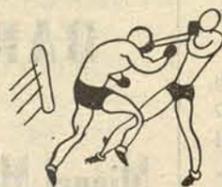
Porque aquí pensamos mucho en el encuentro con Alemania nada más. Nos acordamos de Colonia, y no tenemos en cuenta el *jabón* que nos pueden dar los queridos vecinos. Que cuando el pelotón rueda, lo hace para todos. Y pocas palabras para el buen entendedor.

¡BREAK!

La gloria por los suelos

La «Araña negra»—que me lleve el demonio si adivino el porqué del «remoquete»—venció sin pena, y también sin gloria, al viejo amigo del pasmo de Vallecás—¡Oh fechas! ¡Oh recuerdos!—con sólo emplear la mano izquierda. ¡Olé!

Más claro: Alf Brown se encontró el viernes pasado con Quadrini, y, *manco* y todo, le



dió más que a una *estera*. Donde quiso y como quiso. Triunfo indiscutible desde el primer golpe del gong, que el respetable, sin embargo, no se lo agradeció. Por el contrario, la *cátedra*, desilusionada por la escasa cantidad de pelea—el match fué un «solo de jazz»—chilló al pobre vencedor, que no salía de su asombro. «Y a mí, ¿por qué? ¿Qué culpa tengo yo—decía el joven negrito—que el italiano sea un *piccolo gato de Fioravanti*?

Y es que Alf Brown—¡Dios te guarde, Schangchili!—tiene el espíritu tan ingenuo, que no puede comprender los grandes problemas del boxeo.

Y en el cuadrilátero, cada día, cada velada, se plantean teoremas más complicados:

X = Freddie Miller.

Quadrini resiste fuerte y heroico a Freddie Miller.

Alf Brown es vencido por Schangchili.

Quadrini es derrotado por Alf Brown.

Freddie Miller debe enfrentarse con Schangchili.

Lógica consecuencia para *tumbarse* de risa. ¡Vista que hay en estas latitudes!

Casi de Pirandello.

Roma, Nueva York, Viena, Chicago, Berlín, Londres y Blackpool se disputan las primicias del Baer-Schmelling.

Por lo visto, es un negocio «cañón».

Tan mollar, que, a lo mejor, llega París y se lo lleva. Y ya son ocho. Pero los últimos serán los primeros.

Ahí queda eso.

Dos noticias

Ara venció a Mendieta.

Nadie lo esperaba.

Esteve derrotó a Lindo.

¡Muy bonito!

PEDALES

Primera Vuelta ciclista a España

Manolo «Rienzi»—cadena de éxitos deportivos—ya se ha apuntado el primero de los muchos que va a cosechar con la primera vuelta a España en bicicleta.

¡Y todavía no ha dado comienzo!

El que hacemos resaltar ahora—tiempo habrá para destacar los venideros—es el conseguido con la relación que a la vista tenemos de los caballeros participantes.

De lo mejorcito, sí, señor. Y para que no digan que somos unos *exageraos*, se la vamos a dar completa. La lista grande. Como la lotería. ¡Oído al número!

Mariano Cañardo.

Francisco Cepeda.

Emiliano Alvarez.

Isidro Figueras.

Francisco Mula.

Ramón R. Trillo.

David Pérez.

Américo Tuero.

Francisco de Blas.

Rafael Pou.

Agustín González.

Antonio Andrés Sancho.

Vicente Bachero.

Vicente Trueba.

Manuel Trueba.

Fermín Trueba.

Luciano Montero.

Jesús Dermít.

Isidro Bejarano.

Salvador Cardona.

Antonio Escuriet.

Federico Ezquerria.

Santiago Mostajo.

Joaquín Bailón.

Juan Jimeno.

Antonio Destrieux.

Marinus Valentyn.

Salvador Molina.

Pío Torres.

Manuel Ginés.

Eusebio Bastida.

Max Bulla.

Luigi Barral.

Antonio Negrini.

Renato Scorticati.

Camillo Erba.

Antonio Montes.

Miquel Carrión.

Luis Esteve.

Marcel Rochefort.

Dignieff.

Gardier.

Alfonso Deloor.

Gustavo Deloor.

Louyet.

Blatmann.

Eugene Le Goff.

Fernand Fayolle.

Benoit Faure.

Leo Amberg.

¡Total, cincuenta! Y si quieren algo más, pueden pedir lo que gusten.

FEDERO

SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884



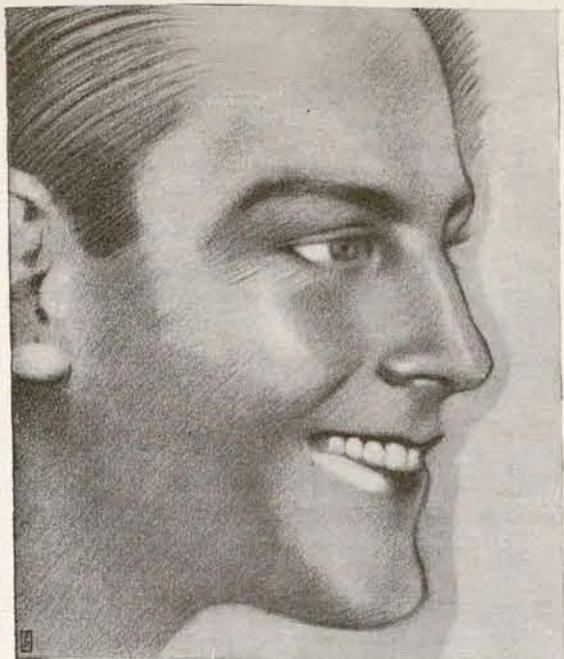
FOTOS GOYA

DE

ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio
de Caballero de Gracia
a PELIGROS, 14

**D
E
N
S**



GAL
MADRID-BUENOS AIRES.

DIENTES SIN MANCHA



TUBO,
2 plms
Pequeño
1,25
CADA 6000



Después de usar Dens sonríe usted mucho mejor. Ya no hay en sus dientes ni una mancha: ya brillan por fin con su blancura verdadera. Tiene usted la boca desinfectada y perfumado el aliento. Y su franca sonrisa exhibe ahora sin temor una dentadura que, por lo limpia, llama la atención necesariamente.

Use Dens a diario. Es muy suave; no ataca ni raya el esmalte.

el graff zeppelin LOGRA UN ÉXITO GRANDIOSO EN SU VUELTA AL MUNDO.

No menor, es el que obtiene la NUEVA pastilla Purgante Yer, obra cumbre de la experimentación teórico-práctica de la Medicina moderna.

TODAS LAS MADRES PODRÁN PURGAR A SUS HIJOS SIN LA MENOR PROTESTA, POR PARTE DE ESTOS, PUES EL NUEVO PURGANTE YER CONSTITUYE UNA VERDADERA GOLOSINA

PURGANTE YER
EL MÁS SUAVE Y MÁS EFICAZ
DORCIO UROPISE

*Bajo el farolito triste
los borrachos se acometen
con puñales rencorosos
que se apagan y se encienden.*

*El campo mira la bronca
por entre tapiales verdes,
preñados de grillos negros,
como coplas que zahieren.*

*Los borrachos dan traspies
lentos de vino caliente,
mientras los perros atados
amagan ladrando fuerte
en un compás de cadenas
abierto, que teje y teje
cañamazo de eslabones
con el hilo del ambiente.*

*La voz más ronca de todas
se clava en todas las sienes:
—Yo ya sé que tu mujer
parirá a los cuatro meses...
¡Estuve una noche entera
mirándola frente a frente!*

*El borracho, malherido
en el corazón, se muerde
ante la risa cornuda
de la luna sonriente.*

*Blasfemias tiene la noche.
Coraje los hombres tienen.
Las chispas de los puñales
van punteando los vientres.*

*Ruedan que ruedan por tierra,
revueltos entre la peste
de las palabras oscuras*

LOS BORRACHOS

Por RICARDO DOMINGUEZ



DIBUJO DE ESPLANDIU

*los dos enemigos. Huele
a sangre, sudor y vino.
Ruedan.*

*Rechinan los dientes.
Ruedan que ruedan que ruedan...
¡Ay!*

Las palabras se pierden.

*Un borracho mira mucho.
El otro mira y no quiere.*

*Esconde el campo sus ojos
envenenados de fiebre
tras los tapiales despiertos
al filo de los desdenes,
en tanto que va la luna
—¡bruñidos cuernos de nieve!—
cincelando nubarrones
con el haz de sus cincelos.*

*Callan los perros, atados
al sino de los vaivenes,
con las orejas alertas,
los hocicos relucientes,
las miradas vigilantes,
las panzas como los fuelles,
los rabos entre las patas
y las patas impacientes.*

*Calla todo y todo habla.
Todo grita y todo duerme.*

*Bajo el farolito triste,
los borrachos se estremecen.*

*La pobre viuda, de luto,
dió a luz a los cuatro meses.*

¡CIVDAD EN COLORES!

A partir del próximo número, CIVDAD introducirá importantes reformas en su presentación

CIVDAD ha crecido demasiado de prisa. El éxito nos agobia con incesantes pedidos de ejemplares que llegan diariamente a nuestra Administración de todas partes: de España y el Extranjero. Para abastecer esa demanda, nos vemos obligados a reformar nuestra presentación de manera de alcanzar con nuevos procedimientos técnicos el tiraje que exigen nuestros millares de lectores.

A partir del próximo miércoles, CIVDAD reformará su presentación, ofreciendo en su nuevo formato varias planas en colores. Habiendo aumentado en gran forma el coste de nuestra Revista por las reformas que introducimos, debemos aumentar el precio del ejemplar, que será, a partir del próximo número, de 0,30 céntimos. Esperamos que nuestros lectores acepten complacidos la nueva forma en que aparecerá CIVDAD, con un formato más manuable, atendiendo numerosas sugerencias del público y embelleciendo su presentación con planas en colores.

Al propio tiempo, CIVDAD se complace en anunciar a sus lectores estas interesantísimas colaboraciones de las mejores firmas nacionales y extranjeras que aparecerán entre el material del número próximo:

Tres cuentos cortos,

de EUGENIO MONTES, el celebrado escritor y periodista.

¿Existe una organización internacional de terroristas?,

reportaje de palpitante actualidad e interés, por el periodista norteamericano IVAN POST.

Baños de sol en Rosales,

por los festejados comediógrafos ASENJO y TORRES DEL ALAMO.

Intimidad de Palma de Mallorca,

por EDUARDO BLANCO-AMOR.

Una ternera y un hombre,

por PEDRO GUIMAREY, autor de la novela «Nidos de esclavos», que recientemente mereciera el primer premio de la Asociación de Artistas y Escritores.

Cómo estudia la mujer. - En el Extranjero y en España,

ameno reportaje gráfico.